Erasmo de Rotterdam

Educación del príncipe cristiano

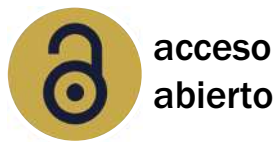
Estudio preliminar de
Pedro Jiménez Guijarro

Traducción de
Pedro Jiménez Guijarro y **Ana Martín**

Tercer milenio

tecnos
CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO

Editorial: Tecnos
Fecha de edición: 2012
Licencia: creative commons
ISBN : 978-8430945146



rasmo de Rotterdam, Educación del
príncipe cristiano, trad. de F
Jiménez Guijarro, Madrid, Tecno
2012, pp.

Teoría
Política

Desiderio Erasmo de Rotterdam saluda al Ilustrísimo Príncipe Don Carlos, nieto del invictísimo Maximiliano.

Dado que la sabiduría es algo eximio por naturaleza, oh Carlos, el más ilustre de los príncipes, Aristóteles opina que no hay tipo de sabiduría más excelente que aquella que enseña a formar al príncipe, del mismo modo que Jenofonte, con toda razón, en el libro que tituló *El Económico*, considera que, gobernar a hombres libres y que se avienen voluntariamente a ser gobernados, está por encima del hombre y, sin duda, es algo divino. Ésta, evidentemente, es aquella sabiduría que los príncipes deben intentar obtener, la única que, después de desdeñar las demás cosas, deseó Salomón, el más sensato adolescente y que, continuamente, quiso que estuviera cerca de su trono real. Ésta es aquella castísima y a la vez hermosísima Sunamita, con cuyos abrazos se deleitó exclusivamente David, padre sapientísimo de un hijo sapientísimo. Ésta es la que habla en el libro de los Proverbios (8, 16): «Por mí los príncipes gobiernan y los pode-

rosos administran la justicia.» Cada vez que l
reyes acuden a ésta para que les aconseje, u
vez excluidos aquellos pésimos consejos, i. e
la ambición, la ira, la codicia y la adulación,
ya floreciente república se felicita a sí misr
con todo merecimiento por el bienestar que
recibido de la sabiduría de su príncipe con est
palabras: «Todos los bienes me vinieron jun
con ella.» Por consiguiente, Platón en ningu
otra cosa muestra más diligencia que en form
guardianes para su república y quiere que ést
aventajen a los demás no en riquezas, no en joya
no en su modo de vestir, no en las imágenes
sus antepasados, no en su escolta, sino en su so
sabiduría. Añade además, que nunca hubo
habrá repúblicas prósperas si los filósofos n
toman el timón o si, a los que les toca en suert
la dirección, no se consagran a la filosofía, filo
sofía, digo, no la que diserta sobre los principio
la materia, el movimiento o el infinito, sino l
que, liberando su ánimo de las falsas opinione
del pueblo o de los placeres viciosos, muestra e
modo de gobernar teniendo como modelo la ete
na divinidad. Yo creo que Homero sintió est
cuando Mercurio toma la precaución de provee
a Ulises de los filtros mágicos de Circe. Tam
poco Plutarco estima sin razón que nadie pres
ta mejor servicio a la república que quien llen
el ánimo del príncipe, que va a proteger a todos
con las mejores y las más dignas doctrinas. Po
el contrario, nadie ocasiona un perjuicio mayo
a los hombres como aquél que corrompe el pech
del príncipe con malas ideas o deseos ímpro
bos igual que si alguien emponzoña con vene
nos letales una fuente pública de la que todo

beben. A lo mismo alude aquel tan famoso dicho de Alejandro Magno, quien, después de haber mantenido una conversación con Diógenes el Cínico, se quedó sorprendido por su espíritu filosófico, espíritu excelso, invicto, incorruptible y superior a todo lo humano, «Si no fuera Alejandro Magno, dijo, desearía ser Diógenes». Es más, a más avatares estaba sometido su ingente poderío, tanto más deseaba Alejandro el ánimo de Diógenes que podía igualarse con tan gran cantidad de accidentes. No obstante, tú, ínclito príncipe Carlos, superas en felicidad a Alejandro y esperamos que llegue el mañana para que lo aventajes en sabiduría. Él detentó un gran imperio, pero no sin derramamiento de sangre ni muy duradero. Tú naciste para un imperio hermosísimo y destinado a otro mayor, de modo que, como aquel Macedón pudo por los esfuerzos y fatigas para invadir, quizás tú debas trabajar para ceder alguna porción de tus dominios antes de ocuparlos. A Dios debes el imperio que te fue dado sin derramamiento de sangre y sin adquirirlo causando un mal a alguien, por lo que ahora el cometido encomendado a tu sabiduría, consistirá en salvaguardarlo incruento y tranquilo. Es ésta la bondad de tu naturaleza, la integridad de tu mente, la fuerza de tu carácter, ésta fue la formación encargada a los más incorruptos preceptores. En fin, te rodean por todas partes tantos ejemplos de tus antepasados que todo el mundo alienta la firmísima esperanza de que Carlos, en algún momento, se distinguirá con lo que el orbe esperaba desde hace algún tiempo de tu padre Felipe, quien no habría faltado a la expectación pública si la muerte no lo hubiera

arrebatado de la tierra antes de tiempo. Por cc
siguiente, aunque yo sabía que tu alteza no nec
sitaba de consejos ajenos y, mucho menos de l
míos, me pareció bien proponer para uso ger
ral el modelo de un príncipe ejemplar, pero ba
tu nombre, para que, quienes se eduquen pa
grandes imperios, aprendan de ti el arte de gob
nar y tomen de ti ejemplo, para que esta doct
na penetre simultáneamente en todos bajo t
auspicios y que nosotros, ya tuyos, testimon
mos con estas primicias el fervor que te pro
samos. Yo demostré a la latinidad el precepto
Isócrates sobre la administración del reino. A
imitación he añadido la mía, dispuesta en al
rismos para que sea menos tediosa para los le
tores, pero muy acorde con la doctrina de Is
crates. Si este sofista instruyó a no sé qué rey
zuelo o, mejor dicho, tirano, y el pagano forr
al pagano, yo, que soy teólogo, instruyo a un pri
cipe ínclito e integérrimo; yo cristiano a un cr
tiano. Si escribiera esto para un príncipe de ed
más avanzada, quizás podría inspirar a algun
sospecha de adulación o de audacia. Ahora bie
como este opúsculo va destinado a éste que, au
que ofrezca las máximas esperanzas, es m
joven y ha estrenado recientemente su imper
ni siquiera podrá realizar muchos hechos q
acostumbran a alabarse o censurarse en otr
príncipes. Libre yo de ambas sospechas, só
puede aparecer el bien público que debe ser
único objetivo en los reyes y los amigos y se
vidores de los reyes. Entre las innumerables gl
rias que, bajo la protección de Dios, te procur
rá tu virtud personal, constituirá una gran par
de tus alabanzas que tú, Carlos, hayas sido t

que nadie más allá de la adulación tema mostrar el ejemplo de un íntegro y verdadero príncipe cristiano, ejemplo que éste admitiría gustosamente o un joven imitaría inteligentemente en su deseo de ser mejor cada día. Saludos.

La educación del príncipe cristiano por Desiderio Erasmo de Rotterdam contada en aforismos para que sea una lectura menos onerosa.

Índice de capítulos

Capítulo I. El nacimiento y educación del príncipe cristiano.
Capítulo II. Cómo debe un príncipe evitar la adulación.
Capítulo III. Las artes de la paz.
Capítulo IV. Los impuestos y las exacciones fiscales.
Capítulo V. La beneficencia del príncipe.
Capítulo VI. Promulgación y reforma de las leyes.
Capítulo VII. Las magistraturas y los cargos públicos.
Capítulo VIII. Los pactos.
Capítulo IX. Las alianzas matrimoniales de los príncipes.
Capítulo X. Las ocupaciones de los príncipes durante la paz.
Capítulo XI. La declaración de guerra.

CAPÍTULO I
NACIMIENTO Y EDUCACIÓN DEL PRÍNCIPE CRISTIANO

Cuando se decide elegir príncipe por votación, no debe tenerse en cuenta tanto su linaje, reflejado en las estatuas de los antepasados, ni su aspecto físico, ni su buena estatura (tal como leemos que han realizado de forma absurda en la Antigüedad algunos pueblos bárbaros), como su carácter apacible y sereno, su disposición natural sosegada y carente de toda precipitación o violencia, de las que resulta el peligro de que, estimulado por la licenciosidad que le da su fortuna, estalle en una tiranía y no tolere a aquel que le avisa o aconseja a su vez, tampoco debe tenerse en cuenta que sea tan manejable que se deje llevar por cualquier influencia ajena. Debe tenerse en consideración su experiencia y que su edad no sea ni tan avanzada que esté expuesta a la demencia, ni tan temprana que se deje llevar por las pasiones.

Salud del príncipe

Quizás haya que tener también en cuenta salud para que no tenga que volver a elegir inmediatamente a otro nuevo príncipe, cosa q produce extorsión a la república.

Por qué motivos debe ser estimado un príncipe

En la navegación el timón no se le confía quien aventaja a los demás por su nacimiento riquezas o aspecto físico, sino a quien es sup rior por su pericia en el pilotaje, en la vigilanc en la rectitud: así el reino debe serle confiado pr ferentemente a quien es superior a los otros sus dotes regias: sabiduría, justicia, moderaci de ánimo, previsión, celo del bienestar públic

Los retratos de los antepasados, el oro, las pi dras preciosas, no tienen más importancia para administración de la ciudad de la que tendría pa el piloto esto mismo en el gobierno de la nave

La razón de la utilidad pública

Lo mismo hay que juzgar al príncipe en administración que al pueblo en la elección d príncipe, teniendo en cuenta en ambos casos q lo primero es el bien común dejando de la las pasiones particulares.

Tanto más difícil es cambiar al que se ha el gido cuanto más prudentemente debe ser eleg do, para que una elección hecha a la ligera nos pese durante largo tiempo.

La educación del príncipe

Por lo demás, donde el príncipe nace, no objeto de elección. Según atestigua Aristótele esto no sólo en otros tiempos solía practicar en algunas naciones extranjeras, sino incluso

las nuestras se aceptaba casi generalmente. La principal esperanza para obtener un buen príncipe depende de una recta educación que será más esmerada que la educación corriente para que lo que le faltó por votos quede compensado por el esmero de su educación. Por consiguiente, inmediatamente y desde la misma cuna, según dicen, la mente del futuro príncipe, vacía y todavía ruda, deberá ser ocupada por saludables opiniones.

De qué debe impregnarse el príncipe desde un principio

Y, desde el principio, en el campo sin cultivar del pecho pueril debe arrojarse la semilla del bien que paulatinamente con la edad y la práctica germinará y llegará a su plena madurez y que permanezca para toda la vida la semilla que en un breve plazo se arrojó. Pues nada tan profundamente penetra ni se adhiere como aquello que se introduce en los primeros años en los que a cualquiera le importa mucho de qué se imbuya, pero al príncipe le importa más todavía.

La elección del preceptor del príncipe

Donde no hay posibilidad de elegir príncipe, allí con la máxima diligencia habrá que elegir al que instruya al futuro príncipe.

Que el príncipe sea de buena índole al nacer, debe pedirse a Dios con ofrendas, pero que el bien nacido no degenere o que el nacido torcidamente mejore con la educación, esto en parte está en nuestras manos.

En otro tiempo era costumbre de la república para erigir estatuas a quienes lo merecían, levantar arcos o distinguirlos con títulos de honor.

En cambio, ninguno es más digno de este hc que aquel que prestó servicio leal y valient instruir al príncipe con rectitud, sin esperar e lumento privado, sino el servicio a la patria

Todo le debe la patria al príncipe bueno, su vez, la patria le debe este mismo prínci aquel que le hizo tal con sus sabias doctrin

El príncipe debe ser formado inmediatamente

No existe otro momento más idóneo de mar o corregir al príncipe que cuando él tod no sabe que es príncipe. Así pues, esto del aprovecharse con toda diligencia para que se tenga inmediatamente de torpezas y para qu impregne de determinados principios de vir

Cómo educar a los hijos de los príncipes

Si con tanto esmero los padres poco prep dos educan a su hijo, destinado a recibir la he cia de un pequeño terruño, ¿con qué celo y ocupación conviene que sea educado aquel se instruye para regir no una sola casa, si tantos pueblos, a tantas ciudades, o tal ve mundo entero y que pueda causar una gran cidad a todos, si resulta bueno, o una gran dición, si sale malo?

Mandar con acierto es cosa magnífica y e ordinaria e igualmente es egregio evitar m acontecimientos.

En resumen, ésta es la principal tarea del l príncipe, esforzarse en evitar ser malo.

Esfuérzate con tu gobierno para que q vaya a sucederte, no sea como tú, sino mej mientras tanto prepara a tus hijos para su f ro mando, de modo que a ti te suceda otro m

No hay valoración más hermosa de un egregio príncipe que si deja a la república un sucesor tal que al compararlo con él parezca peor, y su gloria no podría engrandecerse más que si de este modo se oscureciera.

La más fea valoración radica en que, siempre que el sucesor actúa peor que el predecesor, aun cuando éste haya sido insoportable en vida, será añorado ahora como bueno y provechoso.

Deben ser educados para la patria quienes nacieron para ella

El príncipe bueno y sabio procure educar a sus hijos, nacidos para la patria, de tal modo que siempre recuerde que los educa para ella, no para sus deseos. Que el beneficio público siempre venza el interés particular de su padre.

Por más que erija muchas estatuas, por más que levante costosas edificaciones, el príncipe no puede dejar ningún monumento más hermoso de sus virtudes que su hijo, preparadísimo en todo, que represente a su intachable padre con intachables actos. No muere quien deja su vivo retrato.

Cómo ha de ser el preceptor elegido

Elija, por tanto, para esta tarea de preceptor entre los suyos, o incluso llame hacia sí de cualquier sitio hombres íntegros, incorruptos, graves, con larga experiencia, que no se limite a repetir preceptillos a los que la edad proporciona respeto, su irreprochable vida, autoridad y la bondad y jovialidad de sus costumbres, amor y afecto. Que el ánimo tierno del pequeño príncipe, ofendido por la dureza de los que le instruyen, no comience a odiar la virtud antes de

conocerla, ni que tampoco, echado a perder p
la excesiva indulgencia del que lo forma, deg
nere en lo que no conviene.

En toda labor formativa, y especialmente
la del príncipe la moderación ha de aplicar
de modo que la severidad del preceptor conte
ga el desenfreno de la edad y la afabilidad pr
pia de su carácter, mitigue y sazone la acritud
la coacción.

Tal debe ser el preceptor del futuro príncip
que, como muy acertadamente dijo Séneca, p
un lado sepa reprender sin injuria, por otro al
bar sin adulación. Simultáneamente el educa
do respete al educador por la severidad de
vida, ámelo por la jovialidad de su carácter.

Algunos príncipes colman con gran distinci
a quienes confían el cuidado de un hermoso cab
llo, o un ave, o un perro, sin embargo consid
ran que nada merece aquel a quien entregan a
hijo para que le forme. Con frecuencia confí
el educando a preceptores tales, a los que ni
gún plebeyo con un poco más de sensatez qu
re encomendar sus hijos. Por tanto, ¿qué impo
ta haber engendrado un hijo para el poder, si
cuidas de que sea educado para el mismo?

Qué nodrizas y qué compañeros de juego deben estar con él

Ni siquiera a cualquier nodriza debe enti
garse el nacido para el poder, sino a mujeres ín
gras, instruidas y enseñadas minuciosamer
para esto. Ni debe ser mezclado con cualqui
compañero de juego, sino con niños de índo
buena y modesta, educados e instruidos en
decoro y la honestidad. La pandilla de jóven
lascivos, dados a la bebida, malhablados y, pri

cipalmente, aduladores debería ser apartada lejos de sus oídos y ojos, hasta que el ánimo del educando no esté consolidado en las normas.

Formación corrompida del príncipe

La mayoría de las veces, el carácter de los hombres tiende al mal y no hay ninguno nacido tan felizmente que no sea corrompido por una mala educación. ¿Qué puede esperarse, sino un gran mal, de aquel príncipe que nacido con el carácter que fuere (está avalado por su rancio abolengo y por el poder, no por su buen juicio) desde su misma cuna está impregnado de las más necias opiniones, criado entre bobas mujerzuelas, se hace adolescente entre niñas casquivanas, entre compañeros de juego echados a perder, entre aduladores muy viles, entre truhanes y cómicos, entre bebedores y jugadores y maestros de los placeres, junto a necios y viciosos; entre los que no oye nada, no aprende nada, nada se le inculca, excepto placeres, deleites, soberbia, arrogancia, avaricia, iracundia y despotismo? Y desde esta escuela pronto se le conduce al gobierno del reino.

El arte de reinar debe aprenderse con todo empeño

Aunque la mejor de las restantes artes sea la más complicada, sin embargo ninguna más hermosa ni más difícil que gobernar bien. ¿Por qué consideramos que para esta sola no hay necesidad de ninguna educación ni pensamos que es suficiente el nacimiento?

Pregunto, ¿qué ejercen, sino tiranía, aquellos adultos que, cuando niños, no jugaron más que a la tiranía?

Que todos los hombres sean buenos, es de: ble y es fácil elegir entre tantos miles uno aventaje en honradez y sabiduría a otro, gra al cual muchos mejoren.

El príncipe adolescente

No tenga el príncipe joven durante largo ti po confianza en su corta edad a causa de la ir periencia y de los impulsos inmoderados y g dese de intentar algo grande sin el consejc hombres prudentes, sobre todo hombres ma ros entre los que debe hallarse asiduamente p que la inexperiencia de su juventud se moc con el respeto hacia los mayores.

Cualquiera que asumió la misión de inst al príncipe, medite una y otra vez que tiene cometido nada vulgar y que es superior a otros e igualmente muy arriesgado. Lleve a función un espíritu digno y cuántos benefic eclesiásticos puede sacar de allí, sino con método puede devolver a la patria, fiel crey te en sus propias esperanzas, un príncipe bue

Tú, maestro, piensa cuánto debes a tu pat la cual te confió la suma de su felicidad. D depende disponer un numen favorable a los m de la patria o introducir una peste y epide fatales.

Primeros deberes del formador del rey

Lo primero, pues, reconozca con sagacidad é a quien la república entregó a su hijo para e carlo, hacia dónde se inclina. También puede descubierto en esta edad por ciertos indicios s más propenso a la iracundia o arrogancia, si ambición o a la sed de fama, si al placer o al ju

de azar o al afán de dinero, si a la venganza o a la guerra, si a la debilidad o a la tiranía. Después, cuando haya descubierto su inclinación al vicio, fortalezca su ánimo con saludables principios y preceptos apropiados e intente arrastrar su, todavía, dócil carácter hacia un hábito opuesto. Por el contrario, cuando haya descubierto su naturaleza propensa hacia lo honesto, o a cierto tipo de «vicios», que fácilmente se tornan virtudes, a cuyo género pertenecen la ambición y la profusión, insista más y favorezca con su cuidado la buena disposición de su naturaleza.

Y no es suficiente transmitir principios que le aparten de lo torpe o le inviten a lo honesto, hay que clavárselos, hay que metérselos, hay que inculcárselos y de una y otra forma hay que refrescarlos en su memoria, ya con una sentencia, ya con una anécdota, ya con un símil, ya con un ejemplo, ya con un apotegma, ya con un proverbio; hay que grabárselos en los anillos, hay que pintárselos en las tablillas para escribir, hay que inscribirlos en los escudos y si hay algún otro modo de que su edad se deleite siéndole obvios por doquier, también ha de utilizarse.

Los ejemplos de los hombres célebres inflaman vivamente los ánimos generosos, pero importa mucho más con qué criterio se le imbuyan. Pues de estas fuentes mana toda la moral de la vida. Si hubiera nacido un niño rudo, entonces habría que hacer esfuerzos para que inmediatamente beba las opiniones más rectas y saludables y, como con ciertas drogas, se defienda frente a los venenos de las opiniones del vulgo. Pero, si aconteciera que ya está algo infectado por las opiniones plebeyas, entonces convendrá que el pri-

mer cuidado sea liberarse de ellas y, en luga
estas dañinas, introduzca ideas sanas.

Lo primero de todo consiste en suprimir las malas opiniones

Lo mismo que Aristón dice en Séneca qu
demente se le instruye en vano sobre cómo d
hablar, cómo proceder, cómo portarse en pú
co, cómo en privado, si antes no hubieras ex
sado su bilis negra, inútilmente lo aconsej
sobre el modo de desempeñar su función de p
cipe si antes no hubieras librado su ánimo de a
llas tan falsas y tan admitidas opiniones del vu

El preceptor no tiene que desanimarse o de
perarse si, por casualidad, el príncipe ha cont
do un carácter más feroz o indomable. Pu
que no existe ningún animal tan salvaje o
cruel, que no sea domesticado por el cuidad
la aplicación del domador, ¿por qué debe co
derarse algún carácter humano tan agreste y
desesperado que no pueda mitigarse con una
trucción adecuada?

Por el contrario, no tiene que pensar que
todo hecho, si le tocó en suerte un carácter me
cuanto mejor es la naturaleza del suelo, ta
más se echa a perder y llena de malas hierb
arbustos si el agricultor no lo cuida.

Igualmente el carácter del hombre, cuanto
dotado, cuanto más generoso y recto, tanto
se oculta con muchos y feos vicios si no se
tiva con preceptos saludables.

Acostumbramos a fortificar con mucha d
gencia las costas que reciben la fuerza más
lenta del oleaje. Pero hay cosas innumerables
pueden alejar del camino recto el ánimo de
príncipes, como la grandeza de su fortuna.

abundancia de riquezas, el lujo, los placeres; la libertad, según la cual cualquier antojo es lícito; los ejemplos de los príncipes poderosos, pero necios; las mismas mareas y tormentas de los avatares humanos; pero, sobre todo esto, la adulación enmascarada con el disfraz de la lealtad y libertad. Por esta razón, debe ser prevenido lo más diligentemente posible con óptimos principios y con ejemplos de príncipes que fueron alabados a este respecto.

Lo mismo que no es digno de un solo suplicio quien envenena la fuente pública de donde todos beben, así es muy nocivo quien ha impregnado el ánimo del príncipe de malas opiniones, las cuales pronto redundarán en la perdición de tantos hombres.

Si se castiga con pena capital a aquel que ha falsificado la moneda del príncipe, ¿cuánto más merecedor de este suplicio es quien ha corrompido su carácter?

Las buenas opiniones deben ser inculcadas inmediatamente. Emprenda el preceptor pronto su tarea para inculcar la semilla de las virtudes en las mentes todavía tiernas, mientras su espíritu dista de todos los vicios y, dócil hacia cualquier influencia, obedece a los dedos del que le da forma. La sabiduría tiene su infancia, del mismo modo la piedad. Aunque siempre es el mismo, sin embargo debe actuar de una u otra manera según las circunstancias. Ya desde la infancia le introducirá en cuentos amenos, fábulas festivas, lindas parábolas, que después, cuando sea mayor, habrá de enseñarle con más austeridad.

Cuando el niño haya oído con gusto la fábula de Esopo del león salvado de nuevo por el favor

de un ratón, la de la paloma incólume por esfuerzo de una hormiga; cuando haya sonreí bastante, entonces, el preceptor le indicará q aquel cuento está dirigido al príncipe, para q no menosprecie a nadie en absoluto, sino que pr cure atraerse los ánimos de la infame plebe p medio de beneficios, porque nadie es hasta t punto débil que no pueda, aprovechando una oc sión, ser útil a un amigo, perjudicar a un ener go, e incluso también a los más poderosos.

Cuando se haya reído bastante de que el ág la, reina de las aves, quedó casi totalmente mu ta por un escarabajo, el más vil insecto, añada ejemplo que ni siquiera el príncipe más poder so debe provocar o despreciar al enemigo p más humilde que éste sea. Pues a menudo p judican con su ingenio quienes no pueden c sus fuerzas.

Cómo usar los cuentos

Cuando haya aprendido con placer el cuen de Faetón, advierta que ésta es la imagen del prí cipe que, precipitado por el calor de la edad, pe no ayudado por ninguna sabiduría, tomó las rie das del carro del sol, para su propia perdici ocasionando el incendio de todo el mundo.

Cuando le haya sido narrado el cuento del Cíc pe al que Ulises sacó los ojos, añádale que tie mucha semejanza a Polifemo el príncipe que tie mucho poderío, pero carece de sabiduría.

Cómo usar los símiles

¿Quién no escuchará con gusto la política las abejas y hormigas? Cuando este encanto ha llegado al ánimo pueril, entonces el precept

aprovechará lo perteneciente a la instrucción del príncipe como que la reina de las abejas nunca vuela lejos, que tiene alas proporcionalmente menores a su cuerpo y que sólo ella carece de aguijón; adviértale que esto es propio del buen príncipe, estar dentro de los términos del reino, y que la clemencia es la cualidad más de alabar en él y que del mismo modo actúe en las restantes cosas. Pues no pertenece a este proyecto narrar ejemplos, sino indicar la razón y camino. Si algunos parecen demasiado ásperos, mitíguelos y dulcifíquelos el preceptor con la amenidad del lenguaje.

Alábele ante otros, pero con pretextos honestos y verdaderos; repréndale en privado, pero de modo que atenúe la severidad de la amonestación con alguna suavidad, especialmente si ya fuera más adulto.

Los preceptos de Cristo deben arraigarse en primer lugar

Ante todo y más profundamente ha de inculcarse en el ánimo del príncipe que tenga la mejor opinión de Cristo, que se embeba directamente de sus principios sistematizados de un modo cómodo y procedentes de sus propias fuentes, de donde se obtienen más puros y eficaces. Persuádale de esto: que lo que Aquél enseñó, a nadie más que al príncipe atañe.

Nada bueno menos una buena virtud

Una gran parte de la gente se guía por falsas opiniones y así también éstos que permanecen como detenidos en la cueva platónica, admiran por realidades las sombras inanes de las cosas. Sin embargo, el cometido del buen príncipe con-

siste en no admirar nada de lo que el vulgo v
ra mucho, sino medir todo según los verdad
males y los verdaderos bienes. No hay nada
daderamente malo, sino lo que está unido
maldad, ni nada verdaderamente bueno, sir
que está unido a la bondad.

Así pues, procure el maestro que ame y ac
re la virtud como la cosa más hermosa, fel
sobre todo, digna del príncipe. Maldiga y te
horror a la infamia como lo más vergonzo
miserable.

Cuáles son los verdaderos bienes

No acostumbre aquel muchacho destinad
mando a admirar las riquezas como cosa ex
ordinaria que debe codiciarse lícita o ilícitame
aprenda que no son verdaderos honores éstos
así son nombrados por el vulgo, sino que el
dadero honor es una distinción que espontár
mente sigue a la virtud y a las buenas obra
se alcanza tanto más gloriosamente cuanto me
ambicionada fuere.

Aprenda también que estos placeres plebe
no son dignos del príncipe, y menos del prí
pe cristiano, y que ni siquiera son apropia
para un hombre. Enséñele que otro es el tipo
placer que, puro y perpetuo, perdura en el ho
bre durante toda su vida.

Escuche con frecuencia que la nobleza, las e
tuas de mármol, bronce o cera, los escudos y to
aquella pompa de personajes que llevan cadu
(vara, atributo de Mercurio), con la que se hinch
de manera afeminada el vulgo de los próceres,
nombres vanos a no ser que todo lo que se des
na bajo estos nombres, tenga un origen hones

Oiga que la dignidad, grandeza y majestad del príncipe no deben ser adquiridas ni protegidas por el estrépito de la fortuna, sino por la sabiduría, integridad y los rectos hechos.

Dígasele también que la muerte no debe de ser temida ni llorada en los otros a menos que fuere vergonzosa. En efecto, no es más feliz el que vivió más tiempo, sino el que vivió más honradamente. La longevidad debe ser valorada por los hechos rectos, no por los años. Nada interesa para la felicidad del hombre que viva mucho, sino que viva bien.

Sepa que la propia virtud es un gran premio para uno mismo. Que es una obligación del buen príncipe velar por el bien del pueblo, incluso al precio de su propia muerte, si la fortuna así presentara la situación, pues no perece el príncipe que muere en una empresa de este tipo. Finalmente, cualquier cosa que el vulgo abraza como agradable, o toma como espléndida, o sigue como útil, debe ser medida por la única regla de la honestidad. Por el contrario, cualquier cosa que el vulgo teme como acerba, o desdeña como humilde, o evita como dañosa no debe ser esquivada a no ser que estuviera ligada al deshonor.

Sean clavados en el ánimo del futuro príncipe estas ideas como leyes inviolables y grabadas en su tierno pecho. Oiga con estos títulos que muchos son alabados por los contrarios, que otros muchos son reprendidos de modo que, ya desde entonces, se acostumbre a esperar la verdadera alabanza de sus mejores actos y a detestar la ignominia de los torpes.

Llegados a este punto, alguno de los cortesanos charlatanes más tonto y corrupto que cual-

quier mujer gritará: tú nos formas un filó
no un príncipe. Sí, yo formo un príncipe,
que tú preferirías como un príncipe un pillo s
jante a ti. Si no fueras filósofo, tú no podrí
príncipe, sino tirano. Nada hay mejor qu
buen príncipe, el tirano no es más que un a
feroz como no existe otro bajo el sol, el más
no y el más odioso para todos.

No pienses que Platón dijo a la ligera
lla sentencia alabada por varones renombr
mos, a saber, que sólo sería feliz una repú
si los príncipes filosofaran, o los filósofos t
sen el principado. Mas filósofo no es ést
conoce a fondo la dialéctica o la física, si
que, despreciadas las falsas apariencias
cosas e intacto su pecho, reconoce los ver
ros bienes y los sigue. Ser filósofo y ser c
no es diferente en los términos, pero en l
lidad es lo mismo.

¡Qué más estúpido que valorar a un pr
por estas artes, si baila lindamente, si juega
dados diestramente, si bebe a menudo, s
hinchado por orgullo, si saquea al pueblo
un déspota, si hace otras cosas que nos
güenza referir, cuando a algunos no les
vergüenza hacerlo!

En qué se basa la excelencia del príncipe

Como la mayoría de los príncipes se a
por alejarse del modo de vestir y comer
plebe, así debe un verdadero príncipe apa
de las sórdidas opiniones y deseos del vulg
efecto, sólo se considera sórdido, vil e in
de él, tener sentimientos como el populac
que nunca le agradó lo mejor.

Piensa, por favor, cuán absurdo es aventajar en mucho a todos con tus joyas, con tu oro, con tu vestido de púrpura, con tu escolta y con los restantes ornatos del cuerpo, con las estatuas de cera y retratos de los antepasados, cuán absurdo contemplarte en los verdaderos bienes del ánimo inferior a muchos de la escoria de la plebe.

El príncipe que alardea de joyas, oro, vestido de púrpura y del resto de la pompa de la fortuna delante de sus ciudadanos, pregunto, ¿qué otra cosa enseña a mirar y admirar a los suyos que de donde nace la sentina de casi todas las fechorías que son castigadas por las leyes de los príncipes?

En otras personas, la frugalidad o la elegancia pueden ser atribuidas o a su pobreza o a su ahorro, si alguien lo interpreta excesivo. Cuando el príncipe se sirve de estas cosas moderadamente, no puede ser nada más que un ejemplo de mesura, ya que tiene a su disposición tanto como le place.

¿Quién está de acuerdo en provocar los vicios al que los castigará? ¿Acaso no es vergonzoso si alguien se permite a sí mismo eso que impide hacer a los otros?

Si quieres mostrarte como un príncipe distinguido, intenta que nadie te supere en tus propias cualidades, en sabiduría, en grandeza de ánimo, en moderación, en integridad. Pero, si te pareciera bien luchar con otros príncipes, no te consideres superior si lograras arrebatarles una parte de su dominio o poner en fuga sus tropas, sino considératelo si fueras más íntegro, menos avaro, menos arrogante, menos iracundo, menos precipitado de lo que lo son ellos.

Tres tipos de nobleza

La más alta nobleza conviene al príncipe, p
hay que tener en cuenta que los tipos de ésta
tres: el primer tipo nace de la virtud y de las ac
nes rectas, el segundo procede del conocimie
de las más honestas disciplinas, el tercero es
gado por la configuración de los astros el día
nacimiento, por los títulos de los antepasad
por las riquezas. Piensa que no conviene qu
príncipe se ensoberbezca de este ínfimo tipo
tiene tan poco valor como el que menos, a no
que proceda de la virtud. El más alto tipo con
te en no preocuparse de aquello que está tan a
ba que sólo puede obtenerse con óptima justi

Si tratas de parecer ilustre, no hagas oste
ción de esculturas o falsos retratos de colore
los que, si algo es de verdadera alabanza, est
debe al talento y actividad que el pintor evi
cia. Más bien al contrario, reproduce con tu m
de vivir el monumento de tu virtud.

Qué aconsejan las insignias de los prínci
A falta de otras cosas, los mismos adornos d
alto título pueden aconsejarte de tus debe
¿Qué quiere decir la unción, sino la suma
zura y mansedumbre en el príncipe, que a
tumbra a tener a la crueldad como compai
del poder absoluto? ¿Qué indica el oro, sino
sabiduría singular? ¿Qué el fulgor de las jo
sino virtudes eximias y mínimamente plebe
¿Qué la resplandeciente púrpura, sino el s
amor a la república? ¿Qué el cetro, sino el t
espíritu de la justicia el cual no se apartará
ninguna desviación del camino recto? Po
demás, si algún príncipe se aleja muchísim
estas cosas, él no tendrá estos símbolos c
ornatos, sino como reproches de sus vicios.

El espíritu hace al príncipe

Si el collar, si el cetro, si la púrpura, si la escolta hacen al rey, ¿qué impide que se consideren como reyes los histriones de las tragedias que se presentan en escena adornados con sus atavíos?

¿Quieres saber qué distingue al príncipe del histrión? El ánimo digno, por supuesto, propio del príncipe, esto es, paternal hacia la república. Con esta ley el pueblo te prestó juramento.

La diadema, el cetro, el manto, el collar, el tahalí (cinturón) en el buen príncipe son insignias o símbolos de virtudes; en el malo, indicios de vicios.

Cuanto más torpe sea, tanto más debe cuidarse para no ser un príncipe como leemos que fueron muchos en otro tiempo. Ojalá, en la actualidad, no fueran vistos algunos a los que, si les quitaras el ornato real, desnudaras de los bienes que le llegan de fuera y devolvieras a su propia piel, no encontrarías nada, excepto un distinguido jugador, un invicto bebedor, un cruel conquistador de la castidad, un taimadísimo impostor, un insaciable saqueador, un hombre cargado de perjuicios, sacrilegios, perfidias y toda clase de fechorías.

Tantas veces como te venga a la mente que tú eres príncipe, tantas acuda a tu pensamiento que lo eres cristiano, para que entiendas que es menester que permanezcas tan alejado de los príncipes alabados de los paganos, como dista un cristiano de un pagano.

Profesión de los cristianos

Tampoco consideres exenta de peligro y delicada la profesión de cristiano a menos que juzgues insignificante el sacramento, que junto con todos, juraste en el bautismo, a saber, renunciar para siempre a lo que agrada a Satanás y

desagrada a Cristo, i. e., cualquier cosa que se aparta de los dogmas evangélicos.

Los sacramentos de Cristo te son comunes con los otros, ¿y no quieres que Su doctrina también sea común? ¿Prestaste juramento a Cristo y te desvías a las costumbres de Julio César o Alejandro Magno? ¿Pides que el premio te sea común y crees que Sus preceptos no te conciernen nada?

Quiénes verdaderamente cristiano

Pero tú, por tu parte, no pienses que Cristo se halla en las ceremonias religiosas, es decir, en preceptos sólo conservados de cualquier manera y en las constituciones de la Iglesia. Cristiano es, no quien fue bautizado, no quien confirmado, no quien está presente en los actos religiosos, sino quien abraza a Cristo con afectos íntimos y Le imita con actos justos.

Ten cuidado cuando reflexiones en tu interior «¿por qué se me dicen estas cosas? Yo no soy hombre privado, yo no soy sacerdote, yo no soy monje.» Pero piensa esto: «Soy cristiano y príncipe. Es propio del cristiano sentir aversión hacia toda torpeza. Es propio del príncipe aventajar a los demás en integridad y prudencia.»

Príncipe teólogo

Si esto exiges de los tuyos, que conozcan tus leyes, y, conocidas, las guarden, más debes exigirte a ti mismo aprender y conservar las leyes de Cristo, tu Emperador.

Desertor

Si juzgas como crimen infame para el que no puede encontrarse ningún suplicio idóneo

separarse del Emperador a quien una vez le prestó su juramento, ¿por qué tú mismo, considerándolo juego y broma, te perdonas tantas veces como desatiendes los mandamientos de Cristo, a quien te consagraste con el bautismo, a quien diste tu palabra, con cuyos sacramentos tú te obligaste y comprometiste?

Si estas cosas se hacen seriamente, ¿por qué las consideramos como juego? Si no es un juego, ¿por qué nos vanagloriamos en el nombre de Cristo? La muerte es igual para todos, para los mendigos y los reyes. Pero, después de la muerte, el juicio no es igual para todos, con los poderosos será más severo que con ningún otro.

Qué hay de peculiar en el príncipe

No pienses que tú alcanzarás bastante favor de Cristo si envías tu flota contra los turcos, si levantas un pequeño santuario o un monasterio pequeño. Con ninguna otra obra puedes atraerte más a Cristo que si te muestras como un príncipe favorable para el pueblo.

Procura que no te engañen las voces de los aduladores que repiten a menudo que los preceptos de este tipo no se refieren a los príncipes, sino a los eclesiásticos. El príncipe no es sacerdote, está claro, y por eso no consagra el Cuerpo de Cristo; no es obispo, y por eso no predica al pueblo sobre los misterios de Cristo, ni administra sacramentos. No ha profesado en la orden de San Benito, y por eso no lleva hábito. Pero sobre todo esto, está el hecho de ser cristiano. No ha profesado en la orden de San Francisco, sino en la del mismo Cristo, y por esto ha recibido la blanca veste bautismal. Conviene que

luche unido a los demás príncipes cristianos,
igual que ellos espera grandes recompensas.
también debes tomar tu cruz o Cristo no te rec
nocerá. Me dirás: ¿cuál es mi cruz? Te voy a r
ponder: seguir el camino recto, no violenta
nadie, no expoliar a nadie, no vender ningu
magistratura, no dejarte sobornar. Con ello, e
dentemente, tu hacienda menguará, pero no ten
la pérdida de tus bienes si a cambio logras ma
justicia. Además, a la vez que te afanas der
dadamente desvelándote por la república, l
vas una vida agitada, malgastas tus años y tu na
raleza en placeres, te consumes con vigilias y t
bajo. Despreocúpate y diviértete con la concien
de la obra bien hecha. Igualmente, si prefie
sufrir una injuria antes que vengarla con gra
daño para la república, quizá se menoscabe
autoridad. Sin embargo, súfrela y piensa que
ganado mucho por haber perjudicado al mer
número posible. Soliviantan tu ánimo íntin
pasiones, como la ira animada por los ultrajes
el amor a tu esposa, o el odio al enemigo, o
retraimiento para hacer lo que se aparta de la r
titud y es inútil para la república. Que te ver
el respeto de lo honesto; que la utilidad públ
venza las inquietudes privadas del alma. Fin
mente, si no puedes proteger el reino sino cor
justicia violada, con una gran pérdida de san
humana, con un ingente dispendio de la religi
apártate lo antes posible y adáptate a las c
cunstancias. Si no puedes acudir en socorro
las cosas de los tuyos, sino con peligro de tu vi
antepón a tu vida la salud pública. Pero mient
haces esto, que es verdaderamente propio
príncipe cristiano, habrá sin duda quienes te l

men estúpido y poco príncipe. Afianza tu espíritu de modo que prefieras ser hombre justo que príncipe injusto. Opino que tú ya puedes ver que ni a los más elevados reyes les falta su cruz si, como conviene, quieren seguir la rectitud.

El perdón no se le concede a un príncipe errante

En las otras personas se da alguna concesión a la adolescencia, alguna a la senectud, a aquélla la locura, a ésta el descanso y la lentitud. Sin embargo, quien asumió el cargo de príncipe, puesto que se ocupa del negocio de todos, no tiene permitido ni ser adolescente, ni viejo, dado que se equivoca para un gran daño de los más y, no cesa en su deber, sin una gravísima pérdida.

Miserable prudencia, dijeron los viejos, la que se adquiere con la experiencia, porque cada uno la consigue con su propio daño. Por consiguiente, conviene que ésta diste del príncipe lo más posible porque afecta gravemente al pueblo entero con inmensos males.

Si el Africano dijo rectamente que era indigna de un hombre sabio la expresión «nunca lo hubiera pensado», cuánto más indigna parecerá de un príncipe que cuanto más le cuesta a él, mucho más a la república. Quizá alguna vez una guerra declarada temerariamente por un joven inexperto se prolongue durante veinte años. ¡Qué marejada de males a partir de este hecho! Por fin, arrepintiéndose demasiado tarde, dice «nunca lo hubiera pensado». Algunas veces, por afectos personales o por los ruegos de algunos, nombra magistrados corruptos que arruinan toda la disciplina de la república. Al final se da cuenta y dice «nunca lo hubiera pensado».

Esta miserable prudencia cuesta demasiado a
patria si todo lo demás debiera comprarse a t
alto precio.

Por eso, el ánimo del príncipe debe estar repl
to ante todo de principios y sentencias para q
sea sensato desde la razón, no desde la exp
riencia. Por otra parte, los consejos de los viej
suplirán la experiencia que la edad le negó.

No pienses que te es lícito todo lo que se
antoja, como suelen gritar a los príncipes las mal
mujeres y los aduladores. Instrúyete tú mismo
tal manera que no se te antoje sino lo que te es
permitido; más aún, no creas que puedes hac
lo que cualquier ciudadano particular. Lo q
es error en otros, en el príncipe, es delito.

Cuanto consideres más lícito en los demá
menos conviene que tú te lo permitas. Sé m
severo, en la medida en que sean más compl
cientes contigo, sé un enérgico censor de ti, incl
so si todos te aplaudieran.

Que el príncipe no sea condescendiente consigo

Tu vida está ante los ojos de todos, no pued
esconderte, es necesario que seas bueno para
bien de todos, o malo para la calamidad de tod

Cuantos más honores te dirijan todos, tan
más cuidadosamente esfuérzate en que no se l
digan a un indigno. Como ningún honor o gr
titud igual a sus méritos puede pagarse a un bu
príncipe, tampoco hay ningún castigo suficie
temente digno a sus deméritos para uno malo

Nada hay más saludable en lo humano que
monarca sabio y bueno; por el contrario, na
puede existir más pestilente que un príncipe nec
y malo.

Ninguna epidemia se contagia ni se difunde más rápida o extensamente que la de príncipe malo. Contrariamente, no hay otro camino más breve ni eficaz para corregir las costumbres del pueblo, que la vida incorrupta del príncipe.

El vulgo nada imita más placenteramente que lo que ve que su príncipe hace. Por todas partes se juega con un príncipe jugador, todos quieren luchar con un príncipe beligerante, nadan en el desenfreno con un príncipe amigo de las juergas, intentan seducir con un príncipe libidinoso, denuncian y calumnian con un príncipe cruel. Revisa las historias de los antiguos y encontrarás que siempre las costumbres de un siglo fueron semejantes a como había sido la vida del príncipe.

Ningún cometa y ninguna fuerza fatal afecta tanto a los mortales como la vida del príncipe arrastra y transforma las costumbres y ánimos de los ciudadanos.

Mucho influyen en esto el empeño y costumbres de los sacerdotes y obispos, lo confieso, pero, si fueran malos, se extenderían más rápidamente de lo que los imitarían si fueran buenos, al igual que los monjes no animan a su imitación si son piadosos, porque parece que esto responde al sacramento que profesan. Al contrario, si son impíos, ofenden grandemente los ánimos de todos. No obstante, a la emulación del príncipe todo el mundo se siente estimulado.

Por esta misma razón el príncipe debe cuidarse de no ser malo para, con su ejemplo, no volver malos a muchos. Y por esta misma razón se esforzará en ser bueno para hacer mejores a muchos.

El príncipe bueno, como sabiamente dijo Pl tarco, en cierto modo es la viva imagen de Dic que, simultáneamente, es óptimo y omnipote te. Para Él, la bondad responde a esto: quer servir a todos; el poder, servir a los que quier

Al revés, el príncipe malo y pestilente repr senta la imagen del demonio que tiene mucl poder unido a su suma malicia. Toda la fuer que tiene, la consume en la perdición del gén ro humano. ¿Acaso no fue Nerón un genio ma del mundo, o Calígula, o Heliogábalo? Sus vid no sólo fueron peste del mundo, sino que recuerdo está sujeto a la pública maldición los mortales.

Pero tú que eres un príncipe cristiano, cua do oyes o lees que eres imagen de Dios, que er su vicario, intenta no enorgullecerte de ello. más, que este hecho te vuelva más preocupac en responder a tu arquetipo, hermosísimo, s duda, pero, siendo muy difícil de conseguir, mayor el deshonor de no alcanzarlo.

Tres cosas hay en el príncipe como en Dios

La teología cristiana atribuye a Dios tres cu lidades principales: poder sumo, sabiduría sum suma bondad. Esta tríada deberías transmitir con todo empeño. Pues el poder sin bondad convierte en puro despotismo, sin sabiduría, perjuicio, en vez de gobierno. Por tanto, deb intentar, en primer lugar, puesto que el destir te otorgó poder, procurarte la máxima sabidur posible para que tú, único entre todos, recono cas claramente qué debes anhelar o qué deb evitar. Luego, debes afanarte en beneficiar más posible a todos, pues en esto consiste la bo

dad. Sin embargo, que el poder te sirva preferentemente para esto, desear ser tan benéfico cuanto puedas, más aún, que tu deseo de serlo supere incluso tu poder. Por último, cuanto más puedas perjudicar, menos debes desearlo.

Todos los hombres de bien aman a Dios y sólo los malos lo temen, pero únicamente con el tipo de temor de quien espera ser castigado. Por tanto, un buen príncipe no debe infundir terror a nadie, sino a los criminales y malhechores. Y, por el contrario, debe también ofrecer a estos alguna esperanza de perdón en caso de que sean recuperables.

Por otra parte, nadie ama a un mal espíritu, sino que todos lo temen, especialmente los buenos, pues los malos están de acuerdo con él. Por tanto, todos los mejores aborrecen profundamente al tirano, y nadie está más cerca de éste que aquél que es el peor.

Dionisio el Areopagita, que estableció tres jerarquías, parece que intuyó esto, que lo que Dios es en el orden de los bienaventurados, eso mismo lo sea el obispo en la Iglesia y el príncipe en la república. Pues nada hay mejor que Él, y toda la bondad que hay en Él, la derrama sobre los demás como agua que fluye del manantial. Parece, pues, un absurdo total que de aquel que es fuente de todo bien surja la mayoría de los males de la república.

El pueblo por su propia naturaleza es dado a soliviantarse y a los magistrados fácilmente los corrompe la avaricia o ambición. El ánimo incorruptible del príncipe, como ancla sagrada, es lo único que permanece; pues, si también él está viciado por necias opiniones o ciegas pasiones, ¿qué esperanza puede quedarle a la república?

Comparación entre Dios y un buen príncipe

Puesto que Dios derrama Su bondad sol todas las cosas, se basta a sí mismo y no pre sa ayuda, así corresponde a un príncipe mag nimo, como reflejo de la imagen del prínc eterno, servir gratuitamente a todos sin des alguno de ganancia o de gloria.

Así como Dios puso el Sol en el cielo como be sima imagen de sí mismo, así también estable entre los hombres al rey como palpable y vivo re jo de Él. Nada hay más universal que el Sol, (ilumina los demás cuerpos celestes, de igual mo el príncipe debe estar totalmente disponible p las necesidades públicas, y poseer la luz de una in ta sabiduría, de modo que, aun cuando los den anden a ciegas, él, sin embargo, nunca se ofusq

Dios es totalmente impasible y adminis maravillosamente el mundo con justicia. El pr cipe, a imitación suya y excluido todo mo miento pasional, debe aplicar la razón y la j ticia en todo lo que gestione.

No hay ser más sublime que Dios, asimisn el príncipe debe estar lo más apartado posible las bajas preocupaciones del vulgo y de las s didas pasiones.

A Dios que todo lo gobierna, nadie lo ve, p todos lo sienten, ayudados por Su gracia. Igu mente que la patria no sienta la fuerza del pr cipe, mas que cuando es protegida por su b dad y sabiduría. Por el contrario, los tiranos se dejan sentir sino con perjuicio general.

Cuando el Sol ha llegado a su mayor altura el Zodíaco, retarda muchísimo su movimien Así cuanto más te haya encaramado la fortu tanto más debes tener mayor mansedumbr menos altivez.

La verdadera grandeza de ánimo debe consistir no en que no seas capaz de soportar ultraje alguno, ni en que no toleres que otro tenga un reino mayor, sino en que desdeñes aceptar cualquier cosa indigna de un príncipe.

Verdadera servidumbre

Toda esclavitud es mísera y fea, pero el tipo de esclavitud más feo y a su vez más miserable consiste en ser esclavo de los vicios y de las bajas pasiones.

¿Qué hay más vergonzoso o abyecto que aquél que reclama para sí el mando sobre hombres libres sea esclavo del desenfreno, de la iracundia, de la avaricia, de la ambición y de otros insólitos vicios tiránicos?

Cadroy Oto

Qué absurdo resulta que un príncipe cristiano sucumba a pasiones y deseos desordenados con tan grave perjuicio para la república, cuando nos consta que entre los paganos hubo quienes prefirieron darse muerte antes que mantener el poder con derramamiento de sangre y quienes antepusieron a su propia vida el bien de la república.

Cuando te hagas cargo del Principado, no pienses en la grandeza del honor que recibes, sino en la carga y responsabilidad que asumes y tampoco pienses sólo en los impuestos y tributos, sino sobre todo en su buen destino y no consideres que has obtenido un botín, sino el deber de administrar con justicia.

Según la filosofía platónica, nadie es juzgado apto para llevar el mando, mas que quien lo

recibe obligado y sin desearlo. Todo el que am
ciona el cargo de príncipe, o es tonto de rem
que no sabe qué pesado y peligroso es dese
peñar debidamente el oficio de rey, o es tan m
que tiene la intención de gobernar en provec
propio, no de la república, o tan loco que no c
cula la carga que asume. En suma, quien es a
para el reino debe ser al mismo tiempo dilige
te, bueno y sabio.

No te creas más afortunado por haber recil
do una jurisdicción más amplia. No olvides, p
el contrario, que con esto te echas a la espal
más responsabilidades y quebraderos de cab
za, de modo que, a partir de ese momento has
darte menos al ocio y a los placeres.

En fin, son dignos del título de príncipe,
aquellos que toman la república para su prop
provecho, sino quienes se entregan al servic
de la república. Por consiguiente, quien adm
nistra el mando para sí y todo lo mide para
beneficio, ése, llámesele como se quiera, es
tirano y no un príncipe. Y, así como no hay ni
gún título más hermoso que el de príncipe, a
tampoco ninguno más aborrecible y execrabl
según el sentir general, que el de tirano.

Entre un príncipe y un tirano hay la misn
diferencia que entre un padre bondadoso y
dueño despótico. Aquél desea incluso entreg
la vida por sus hijos, éste no mira ninguna ot
cosa más que su provecho y hace su capricho s
atender al bien de los suyos.

Ni te contentes con que te llamen rey o prí
cipe, pues poseyeron estos títulos y fueron
ruina del mundo Falaris (tirano de Agrigent
célebre por su crueldad) y Dionisio (rey de Sir

cusa), sino que en tu fuero interno considera qué eres. Séneca dijo la gran verdad de que un tirano se diferencia de un rey por sus obras, no por el nombre.

Cómo un tirano se diferencia de un rey

Voy a resumir diciendo la característica con que Aristóteles distingue en su *Política* al príncipe del tirano, a saber, este último busca su provecho, aquél el de la república. El príncipe, al deliberar sobre cualquier asunto, siempre tiene en cuenta si conviene a todos los ciudadanos. El tirano considera si le es provechoso. El príncipe, incluso cuando se ocupa de sus asuntos, mira principalmente el beneficio de los suyos. Por el contrario, el tirano si alguna vez se porta bien con los ciudadanos, lo hace para su propia utilidad.

Quienes cuidan de los suyos en la misma medida en que conviene a sus propios intereses, éstos ponen a sus ciudadanos en el mismo lugar que la mayoría de los hombres a sus caballos y asnos, pues también aquéllos cuidan de sus animales, pero miden todo cuidado según su provecho, no el de los ciudadanos. Por lo demás, quienes desuellan al pueblo con su rapacidad o lo despedazan con su crueldad o lo exponen a todos los peligros a causa de su ambición, éstos tienen en menos consideración a los ciudadanos libres que el vulgo a los jumentos comprados o los maestros de gladiadores a sus adiestrados.

Así pues, el que instruye al príncipe, se preocupará de inculcarle incluso el odio a los nombres de tiranía y despotismo, maldiciendo frecuentemente nombres detestados por el género humano: Falaris, Mecencio, Dionisio el Sira-

cusano, Nerón, Calígula, Domiciano, qui
habría querido ser llamado dios y señor.

Por el contrario, si hay algunos ejemplos
buenos príncipes, los cuales se diferencian muc
simo de la figura de un tirano, éstos procure me
cionarlos a menudo con simpatía y tono lauc
torio. Y, a continuación, describa una sembla
za de ambos, del rey y del tirano, y la represe
te con la mayor viveza posible ante sus ojos y
mente, de modo que se enardezca con aqué
y aborrezca ésta con toda su alma.

Retrato de un buen príncipe

Descríbale, pues, un ser celeste más semeja
a una divinidad que a un hombre, dotado de tc
género de virtudes, nacido para el bien de tod
mejor aún, otorgado por los poderes superio
para elevación de las inquietudes de los mor
les; que mire por todos, que vele por todos; c
no tenga nada como más importante y queri
que la república, que tenga un ánimo más c
paternal para con todos, que considere la v
de cada uno más apreciada que la suya prop
que de noche y de día no haga ninguna otra c
ni se esfuerce por nada más que por el ma
bien de todos; que tenga preparadas recomp
sas para todos los buenos, perdón para los mal
con tal de que hagan propósito de la enmien
que desee servir tan generosamente a sus c
dadanos, que si fuese necesario, no dude en d
velarse por la seguridad de ellos aún con rie
propio; que considere como ganancia propi
beneficio de la patria; que se desvele siem
para que los demás puedan dormir profun
mente; que no se permita ningún descanso, p

que la patria pueda vivir con sosiego; que se desviva en cuidados constantes, para que los ciudadanos disfruten de suficiente quietud; que la felicidad de su pueblo dependa únicamente de su virtud y, que le advierta, que éste es el retrato de un verdadero príncipe.

Retrato de un mal príncipe

Por el contrario, ponga delante de sus ojos una enorme y repugnante bestia formada por una mezcla de dragón, de lobo, de león, todas partes con seiscientos ojos, dentada por doquier, temible por sus encorvadas uñas y su vientre insaciable, ahíta de vísceras humanas, ebria de sangre humana, que vigilante sin cesar acecha las fortunas y vida de todos, hostil a todos, pero especialmente a los buenos, calamidad fatal del mundo entero, execrable y odiosa para todos los que amen la república. Que no puede ser soportada a causa de su ferocidad ni eliminada sin gran catástrofe para la ciudad, por su maldad armada de escoltas y riquezas. Y dígale que éste es el retrato del tirano y todo lo más odioso que en él pueda imaginarse. Monstruos de esta calaña eran Claudio y Calígula; tales como ellos, imaginan también las fábulas de los poetas a Bisiris, a Penteo y a Midas, cuyos nombres inspiran un odio general al linaje humano.

Diferencias entre un rey y un tirano

La intención del tirano es hacer todo lo que se le antoja, por el contrario, el del rey es obrar recta y honestamente. El premio del tirano son las riquezas, el del rey el honor que conlleva la virtud. El tirano gobierna con miedo, engaño y

artimañas, el rey con sabiduría, integridad y bc
dad. El tirano administra el mando para sí, el r
para la república. El tirano mira por su segu
dad con una escolta de bárbaros y con ladror
pagados; el rey considera que está suficien
mente protegido por el bien que hace a los c
dadanos y por el que en correspondencia re
be de ellos. Para el tirano son sospechosos
detestables todos los ciudadanos que se dist
guen por su virtud, prudencia o autoridad; pe
un rey acoge abiertamente a éstos como co
boradores y amigos. El tirano se deleita con l
estúpidos engañándolos, o con los criminales
los que abusa como protección de su tiranía
con los aduladores que alaban lo que hace a
capricho. Contrariamente, al rey le resultan sum
mente agradables los más sabios, con cuyos cc
sejos puede ser ayudado y cuanto mejor es el r
tanto más los aprecia, porque puede fiarse
ellos sin temor alguno, y ama a los amigos q
le hablan con libertad, con cuyo trato se vuel
mejor. Además son muchas las manos de l
reyes y tiranos, muchos los ojos, pero son mie
bros muy diversos. El tirano hace que las riqu
zas de los ciudadanos vayan a parar a unos poc
que son los peores y así debilitada la mayor
acrecienta su poder personal. El rey conside
que las riquezas de los ciudadanos ante to
deben formar parte del erario público. El tira
trata de tener a todos sometidos bajo su domir
con leyes o delaciones. El rey se complace en
libertad de los ciudadanos. El tirano pretende
temido, el rey ser amado. El tirano nada con
dera tan sospechoso como la concordia de l
buenos ciudadanos y de las ciudades, mientr

que de esto se alegran mucho los buenos príncipes. El tirano se alegra de sembrar entre los ciudadanos la disensión y las divisiones y alimenta y estimula las rivalidades surgidas por el azar y abusa de estas situaciones para la consolidación de su tiranía. En cambio, el rey se afana únicamente por alimentar la concordia de los ciudadanos y, si se originara alguna disensión, inmediatamente intenta apaciguar la desavenencia entre ellos porque comprende que ésta es la peste más grave de las repúblicas. El tirano, si ve florecer la república, con falsos pretextos o incluso metiendo en casa a los enemigos, provoca una guerra para, con este motivo, atenuar la fuerza de los suyos. Por contra, el rey hace y soporta todo para mantener perpetuamente la paz de su pueblo, porque comprende que de la guerra surgen simultáneamente todos los males de la república. El tirano establece o impone leyes, constituciones, edictos, pactos y, en fin, lo sagrado y lo profano para proteger su cabeza. El rey pondera todo esto en favor del bien público.

Tres artes muy criminales de los tiranos

Muchísimas son las características o artes de este tipo correspondientes al tirano que Aristóteles expone más extensamente en sus libros de política. Pero resume todas estas en tres. La primera, dice, consiste en el empeño del tirano para que los ciudadanos no quieran o no se atrevan a revelarse contra él. La segunda, que no se fíen unos de otros. La tercera, que no puedan maquinar revoluciones. Consigue lo primero intentando por todos los medios que los ciudadanos tengan la menor iniciativa posible y la mínima sabidu-

ría, teniéndolos servilmente o dedicados a paciones sórdidas o sujetos a delaciones o e vados por los placeres. Sabe que los ánimos g rosos y elevados soportan a duras penas la nía. Logra lo segundo intentando que los dadanos disientan entre sí con mutuos odi que se delaten unos a otros, él entre tanto el mal de los suyos se hace más poderoso. Al za lo tercero mermando a toda costa las ri zas y la autoridad de los suyos y principalr te de los hombres de bien. Nadie en su sanc cio intentaría esto porque no tendría esper de éxito.

El príncipe debe alejarse lo más posibl todos estos empeños, mejor aún, ser diame mente opuesto a ellos, como suele decirse, n me tratándose de un príncipe cristiano. Po si así lo describe Aristóteles, en primer l pagano y después filósofo y no precisament santo ni docto entre ellos, como pudiera in narse, ¿cuánto más conviene que lo cumpla a que hace las veces de Cristo?

Retrato del príncipe

Incluso entre los animales irracionales p distinguirse la figura del rey y del tirano. E de las abejas tiene la celdilla más amplia s da en el centro como el lugar más seguro él. Y él, sin duda, anda libre de carga, pe el animador de las tareas de las demás. Re zado éste, todo el enjambre se dispersa. Más el rey tiene una belleza sin igual, diferente demás por su volumen y brillo. Pero se di gue notablemente de los demás por esta ca terística, como dice Séneca: porque siend

abejas tremendamente irascibles, hasta tal punto que dejan los aguijones dentro de la herida, sólo el rey carece de acúleo. No quiso la naturaleza que fuese cruel ni que pidiese venganza que había de costarle cara y le quitó el dardo y dejó su ira desarmada. Magnífico ejemplo éste para los grandes reyes.

Los tiranos son más crueles que las fieras

Y si ahora buscas el retrato de un tirano piensa en el león, el oso, el lobo o el águila que viven a base de desgarrar y depredar. Y como saben que están sometidos y atacados por los odios y las asechanzas de todos, habitan en lugares abruptos o se esconden en cuevas y parajes solitarios; pero el tirano supera incluso las crueldades de todos ellos. Las serpientes, leopardo, leones y las restantes alimañas condenadas por el delito de su ferocidad se abstienen de atacar a los de su especie y la semejanza de los instintos entre las fieras les da seguridad. Pero el tirano ejerce con saña su fiereza siendo hombre contra otros hombres, siendo ciudadano contra los ciudadanos.

Dios, en la Sagrada Escritura, describe la imagen del tirano con estas palabras: «Éste será el derecho del rey que ha de gobernar entre vosotros. Tomará vuestros hijos y los pondrá en sus carros y hará de ellos jinetes que corran delante de su carroza y los nombrará tribunos, centuriones, aradores de sus campos, segadores de sus mieses, artesanos de sus armas y carros. Tomará también a vuestras hijas como ungüenteras, cocineras y amasadoras. Tomará asimismo vuestros campos, viñas y los mejores olivares y los entregará a sus siervos. Diezmará vues-

tras simientes y las uvas de vuestras viñas,
dárselo a sus eunucos y esclavos. Se llevará
bién a vuestros siervos y siervas, a los mej
jóvenes y asnos y dedicará a su propia c
Diezmará también vuestros rebaños y vosc
seréis sus siervos. Y aquel día clamaréis an
rostro de vuestro rey, que vosotros mismos
gisteis y el Señor no os escuchará.»

Y que nadie se maraville de que en este p
je se le llame rey en vez de tirano, pues e
Antigüedad el nombre de tirano era tan abc
cible como el de rey. Y, puesto que no hay
mejor que un buen rey, ¿por qué Dios, air
propuso esta imagen a su pueblo para que d
tiese de pedir rey? Por esto al derecho llamó
derecho tiránico. Por otra parte, Samuel en
sona había sido rey durante tantos años de fc
santa y sin corromperse administrando los a
tos del pueblo. Pero ellos, no comprendienc
felicidad, según costumbre de los gentiles
dían un rey que con fasto y con violencia re
se. Y sin embargo, en este retrato, ¿cuántos n
se reflejan que, como todos recordamos, he
observado incluso en algunos príncipes cri
nos con gran perjuicio de todo el orbe?

Descripción de un buen príncipe

Toma nota ahora del retrato de un buen
cipe, al que el mismo Dios en el libro del I
teronomio describió de este modo: «Cuanc
nombre rey, ni multiplicará sus caballos, ni
volver al pueblo a Egipto, para aumentar su c
llería. No tendrá muchas mujeres que lo se
can, ni inmensos caudales de oro y plata.»
pués de haber tomado posesión del trono d

reino, el Deuteronomio describirá al rey en un capítulo de este libro recibiendo un ejemplar de los sacerdotes de la tribu de Leví y lo llevará consigo todos los días de su vida para que aprenda a temer al Señor su Dios, y a guardar los mandatos y ceremonias prescritos en la ley. Y que no se eleve su corazón orgullosamente sobre sus hermanos, ni se incline a la derecha o a la izquierda para que reinen durante largo tiempo él y sus hijos sobre Israel. Si a un rey hebreo se le ordena aprender la ley que sólo transmitía figuras y sombras de justicia, ¡cuánto más conviene que un príncipe cristiano retenga y practique los preceptos evangélicos! Si no quiere que un rey judío se enorgullezca sobre su pueblo, llamándolos hermanos, no siervos, ¡cuánto menos deberá hacer lo mismo un cristiano sobre los cristianos a los que el mismo Cristo, Monarca de todos los príncipes, los llama hermanos!

Y ahora escucha cómo Ezequiel describe al tirano: «Príncipes, dice, en medio del pueblo como lobos que arrebatan la presa para derramar sangre.» Platón llama a los príncipes guardianes de la república a fin de que sean para la patria lo que los perros para el rebaño, porque, si los perros se convierten en lobos, ¿qué beneficio puede esperarse para el rebaño?

El mismo Ezequiel en otro pasaje llama león al príncipe cruel y rapaz, y en otro lugar amenaza los pastores que se apacientan a sí mismos y no tienen cuidado alguno del rebaño, señalando a los príncipes que administran el gobierno en provecho personal. Y Pablo, hablando de Nerón, dice: «Me he librado de las fauces del león.» Y casi en el mismo sentido advierte como

el sabio Salomón describe al tirano: «L
rugiente y oso hambriento es un príncipe in
sobre el pueblo pobre.» Y de nuevo en otro lu
dice: «Cuando los impíos tomen el principa
el pueblo gemirá como puesto bajo esclavitu
Y otra vez en otro pasaje dice: «Cuando se lev
ten los impíos, los hombres se esconderán.»

¿Qué más añadiré cuando en Isaías el Se
ofendido por los crímenes del pueblo los a
naza diciendo: «Les daré por príncipes a sus n
y los afeminados los gobernarán»? ¿No de
ra abiertamente que ninguna calamidad más a
ba puede sobrevenirle a un reino que tener
príncipe a un hombre necio e impío?

El príncipe según el Evangelio

Pero ¿por qué continuamos con estas re
xiones cuando el mismo Cristo, único prín
y señor de todos ha distinguido con toda c
dad al príncipe cristiano del pagano? «Los p
cipes de los gentiles, dice, dominan sobre e
y los que tienen poder los tiranizan, pero e
vosotros no será así.» Si dominan es propi
los príncipes paganos, el dominio no es pr
de los príncipes cristianos. ¿Qué es pues lo
significa «no será así entre vosotros», sino
no conviene que se proceda del mismo m
entre los cristianos entre los que el princip
es un servicio, no un dominio y el reino es b
ficencia, no tiranía? Y que no se alabe a sí mi
el príncipe diciendo: «Esto corresponde a
obispos, no a mí.» En realidad a ti te correspo
si eres cristiano; si no eres cristiano, no te
por aludido. Que no te maraville si por casu
dad vieras a algunos obispos que distan mu

de este retrato. Allá ellos con su conciencia, tú piensa qué es digno de ti.

No te consideres a ti mismo como un buen príncipe por el hecho de que comparado con otros seas menos malo, ni consideres irreflexivamente que te es lícito todo lo que hace la mayoría de los príncipes. Adáptate tú mismo a la norma de lo honesto, valórate según dicha norma. Y si no hubiera nadie a quien vencer, lucha contigo mismo, pues ése es el más hermoso de todos los combates y verdaderamente digno de un príncipe invicto si cada día se esfuerza por mejorarse a sí mismo.

Si es deshonroso el nombre de tirano o, más aún, su cometido, de ningún modo se volverá más honesto aunque hubiese muchos en esa tesitura. La fuerza de lo honesto se halla en las cosas mismas, no en el número de hombres.

Séneca escribió con rigor que en el mismo lugar en que colocamos a los ladrones y piratas han de ser colocados los reyes que tienen alma de ladrones y piratas. Es ésta solamente la que distingue a un rey de un pirata y no el título.

Costumbre extranjera

Cuenta Aristóteles en su *Política* que en algunas oligarquías hubo esta costumbre: que los que iban a entrar en la magistratura juraban con palabras rituales de este modo: «Perseguiré con mi odio a la plebe, y procuraré con todas mis fuerzas que le vaya mal.» En cambio el príncipe que va a hacerse cargo de la magistratura hace en favor de los suyos un juramento radicalmente opuesto. Y, no obstante, sabemos que algunos son tales para con su pueblo que parece que jura-

ron según aquella costumbre bárbara en la
decían que ellos serían enemigos de los inter
del pueblo por todos los medios a su alcanc

Huele claramente a tiranía el que tantas ve
como al príncipe le va de maravilla, otras
tas al pueblo le vaya de pena y que la felici
de uno crezca a partir de la desgracia del ot
el que actúe como si se tratase de un mal pa
de familia, que con los males de los suyos a
cienta su riqueza y poder.

Aquel que quiera asegurarse el título de p
cipe y desee alejarse del odioso nombre de t
no, debe conseguirlo no con terrorismo y a
nazas, sino con buenas acciones. Y no imp
que lo llamen príncipe los aduladores o los o
midos, ni que lo llamen padre de la patria s
realidad es un tirano. Tal vez sus contemp
neos lo adulan sobremanera, pero la posteri
seguramente no será de la misma opinión.
con cuánto odio la posteridad recuerda las fec
rías de reyes en otro tiempo temibles y con cu
ta libertad son denigrados incluso sus prop
nombres cuando en vida nadie, ni con el ge
se atrevía a ofenderlos.

El príncipe como padre de una gran familia

Un buen príncipe debe tener hacia sus ciu
danos la misma disposición que un buen pa
de familia para los de su casa. Pues ¿qué otra c
es el reino sino una gran familia? ¿Qué es el
sino el padre de muchísima gente? Destaca ef
tivamente, pero pertenece a la especie hum
mandando, como hombre, a otros hombres, co
ser libre a otros seres libres, no a bestias, ta
como nos transmitió acertadamente Aristóte

Parece que comprendieron esto los más antiguos poetas que a Júpiter, a quien atribuyen el poder del mundo entero y de los dioses, tal como ellos dicen, lo denominan a menudo con estas palabras: Πατὴρ ἀνδρῶντε Θεῶντε, o sea, Padre de hombres y dioses. Y nosotros instruidos de este mismo modo por Cristo Maestro, invocamos con el título de Padre a Dios que es evidentemente Príncipe del universo.

¿Y qué hay más feo o execrable que el nombre de δεμίβορος βασιλεύς (rey devorador del pueblo) que, en la obra de Homero, Aquiles, creo recordar, lanza contra un príncipe que ejerce el mando en su propio provecho y no en el del pueblo? El irascible Aquiles no encuentra nada más deshonroso contra aquel a quien juzgaba indigno del mando, sino decir de él que devoraba al pueblo. Y el mismo Homero, si nombra a algún rey para honrarlo suele llamarlo ποιμένα λαῶν, es decir, pastor del pueblo. Muchísimo difieren entre sí un pastor y un ladrón. ¿Con qué derecho reivindican para sí el título de príncipe quienes eligen del número de sus adeptos a unos pocos y éstos, los más desalmados, por medio de los cuales consumen a la vez las fuerzas del pueblo y sus riquezas con pretextos, artimañas y títulos inventados y arramblan con todo ello llevándolo a su fisco? ¿Con qué rostro lo que adquirieron con extorsión y sin piedad, ya viciosamente lo despilfarran en placeres, ya cruelmente lo gastan en guerras? Y así sucede que todos los que en esto pueden actuar como perro viejo, así lo hacen en su mayoría. Como si el príncipe fuera enemigo del pueblo, no padre. De modo que quien hace el mayor daño a los intereses del

pueblo, ése parece velar sobremanera por
asuntos del príncipe.

Como un padre de familia considera que
acrecentado sus bienes, con cualquier ganan
que obtienen sus hijos, así el que tiene alma
verdadero príncipe, considera que encierra en
fisco todo lo que poseen los ciudadanos y se si
te tan unido e identificado con ellos por el af
to, que no tienen temor alguno en entregar la v
por su príncipe y mucho menos su dinero.

Epítetos del buen príncipe

Vale la pena oír con qué epítetos Julio Pól
calificó al rey y al tirano enseñando al emp
rador Cómodo de cuya infancia fue precept
Después de haber subordinado al rey inmed
tamente detrás de los dioses como lo más c
cano y semejante a ellos dice: Περὶ βασλέ
ἐπαινῶν λέγε, πατὴρ, ἥπιος, πρᾷος ἥμερ
προνοητικὸς, ἐπιεικὴς, Φιλάνθρωπος, μεγ
λόφρων, ἐλεύθερος, χρημάτων κρείττα
ἔξωτταθῶν, ἐαυτοκρατῶν, ἄρχων ἡδονῶ
λογισμῷ χρώμενος, ὀξὺς, ἀγχίνος, περιε
κεμμένος, ἔυβολος, δίκαιος, σώφρων, θε
ἐπιμελητὴς, ἀνθρώπων κηδεμὼν, ἰάσιμ
βέβαιος, ἀνεξαπάτητος, μεγαλογνώμα
ἰσχυρογνώμων, ἐνεργὸς, τελεσιοργὸς, φρο
τιςὴζ τῶν ἀρχομένων, σωτὴρ, πρόχειρος
ἐυεργεσίαν, βραδὺς εἰς τιμωρίαν, ἀσφαλ
ἀκριβέσηρος πρὸς τὸ, δίκην ξυ
ἐυπρόσοδος, ἐυπροσήγορος, ἐυέντευκτ
μειλίχιος, προσηνὴς, ἐπιμελητὴς τῶν ὑπηκόω
φιλοσρατιώφης, πολεμικὸς μὲν, ὁ φιλοπόλεμ
δὲ, ἐιρηνικὸς, ἐιρηνοποιὸς, ἐιρηνοφύλαξ, πα

δευτικὸς, ἀρχηγὸς, καὶ ἀρχικὸς, νομοθετικὸς, εὐποιεῖν πεφυκὼς, θεοειδὴς, πολλὰ δέ ἐξιν ἀλόγῳ τὶς ἀν ἐιπεῖν ἔχοι, καὶ ἐκ ὀνόματι.

Aunque la lengua latina no puede expresar esto con la propiedad de la lengua griega, sin embargo lo traduciremos al Latín para que pueda entenderse. «Alabad al rey con estos títulos: Padre benigno, apacible, benévolo, previsor, ecuánime, humano, magnánimo, libre, desdeñoso del dinero, no sometido a pasiones, gobernador de sí mismo, que está por encima de los placeres, que usa de la razón, agudo de juicio, perspicaz, circunspecto, de consejo valioso, justo, sobrio, preocupado de las cosas divinas, cuidadoso de los negocios humanos, estable, firme, infalible, que tiene grandes ideas, dotado de autoridad, industrioso, gestor de negocios, solícito para aquellos a los que gobierna, cumplidor, dispuesto a la beneficencia, lento para el castigo, seguro, constante, inflexible, proclive a la justicia y atento siempre a lo que la gente dice del príncipe, morigerado, fácil para escuchar, afable en el trato, asequible para los que quieren hablarle, cariñoso, abierto, que cuida del imperio paterno, amante de sus soldados, valeroso caudillo en la guerra, pero no amante de ella, amigo de la paz, intermediario para la paz, constante defensor de la paz, diestro en enmendar las costumbres del pueblo, que sabe ser caudillo y príncipe, que sepa promulgar leyes para el bien común, nacido para prestar buenos servicios, con apariencia divina. Muchas son las cosas que podrían decirse en un discurso y que no podrían explicarse con palabras aisladas.» Hasta aquí hemos expresado la

opinión de Pólux. Y si un preceptor pagano
cribió de este modo al príncipe para instruir
pagano, cuánto más virtuoso debe ser el m
lo a proponer para un príncipe cristiano.

Presta atención ahora a los colores con qu
descrito al tirano: Ψέγων ἂν ἐρεῖς, τυραν
κὸς, ὠμὸς, θηριώδης, βιαῖος, πλεονεκτι
φιλοχρήματος, καὶ τὸ τῶ Πλάτων
ἐρασιχρήματοσ, ἅρπαξ, καὶ τὸ τῶ 'Ομή
δημοβόρος, ὑπερόπτης, ὑπερήφανος, δυ
ρόσιτος, δυσπρόσοδος, δυσπροσήγο
δυσέντευκτος, δυσόργητος, δύσθυμ
ἔμπληκτοσ, ταραχώδης, ἡδονῶν ἥττ
ἀκατὴσ, ἀκρεράτωρ, ἀλόγισος, μισάνθ
πος, ἄδικος, ἄβολος, ἄνισος, ἀνόσιος,
κενὸς, εὔκολος, εὐμετάβολος, ἐνεξαπάτη
ράδιος, ἀνήμερος, ἐπιθυμίαις ἐνδι
ἀκόλασος, ὑβρισὴς, πολεμοποιὸς, βαρ
ἐπαχθὴς, ἀκάθεκτος, ἀφόρητος.

Ésta es aproximadamente la traducción
estas palabras: «Vituperarán a un mal prínc
de este modo: Tiránico, cruel, desalmado,
lento, requisador de lo ajeno, ávido de din
o lo que en Platón es codicioso de fortuna, ra
o lo que Homero llamó devorador del pue
soberbio, engreído, que no presta oídos a na
incómodo para departir con él, cruel en el tr
inasequible al diálogo, irascible sin razón, i
table, terrible, turbulento, esclavo de los pla
res, intemperante, inmoderado, desconsidera
inhumano, injusto, imprudente, inicuo, im
mentecato, casquivano, inconstante, fácil de en
ñar, hosco, cruel, entregado a las pasiones, in
rregible, contumelioso, provocador de guer
pesado, molesto, insufrible, intolerante.»

Nada le es a Dios más odioso que un mal príncipe

Puesto que Dios dista mucho de la naturaleza de un tirano, es muy verosímil que nada le resulte tan aborrecible como un rey pernicioso y puesto que no hay ninguna fiera más dañina que un tirano, es razonable que no hay nada más odioso para todos los mortales que un mal príncipe. ¿Quién desea vivir odiado y execrado a la par por los Poderes Superiores y por los hombres? Por ende, Octavio Augusto, cuando percibió que su cabeza era pedida por frecuentes conjuraciones, y que sofocada una sucedía otra inmediatamente, dijo que no merecía la pena pagar tan alto precio por la vida hasta el punto de ser odiado por todos y de tener que asegurar su integridad personal con la sangre de tantos ciudadanos.

Por tanto, el reino que se gobierna con la virtud y la benevolencia no sólo es más tranquilo y llevadero, sino también más duradero y estable. Esto podrás inferirlo con facilidad de los anales de los antiguos.

Ninguna tiranía duradera

No hubo ninguna tiranía tan protegida que se mantuviera mucho tiempo y cuantas veces la situación de una república degeneró en tiranía otras tantas nos consta que se precipitó a la perdición.

Debe temer a muchos quien es temido por todos

Y no puede estar seguro aquel a quien la mayor parte de los hombres desean verlo muerto.

Los bue-

En otro tiempo los que habían dirigido bien el imperio eran objeto de honores divinos. Pero

nos reyes reciben honores divinos

contra los tiranos existía la ley que en la ac
lidad se aplica contra los lobos y osos, prer
públicamente a quien eliminase a un enen
público.

La virtud primeramente hizo a los reyes

En la Antigüedad los reyes no fueron n
brados por aclamación popular, sino por su
mia virtud, a la que llaman heroica como ce
na a la divina y mayor que la humana. Convi
por tanto, que los príncipes recuerden su or
comprendiendo esto, que ni siquiera serían p
cipes si carecieran de lo que primerament
constituyó como tales.

Monarquía

Puesto que las formas de gobierno son muc
es casi unánime el consenso de todos los
sofos acerca de que la más recomendable
Monarquía y, ciertamente, así como a image
Dios, el poder se concentra en manos de
solo, así también, siguiendo el modelo div
el monarca debe aventajar a todos los dem
sabiduría y bondad y, no careciendo de ni
na de estas cualidades, nada debe procurar
que el provecho de la república. Si esto fue
otro modo, la situación de la república será d
rable, porque luchará con el que es el mejc
Si hubiese la suerte de que el príncipe f
consumado modelo de todas las virtudes,
deseable una monarquía pura y simple, pero c
no sé si esto sucederá alguna vez, es prefe
que sea mediocre. Tal como están hoy las c
más valdría que la monarquía quedase mo
da y equilibrada combinándose con aristoc

y democracia para que jamás degenerase en tiranía, sino que, al nivelarse estas tres formas de gobierno entre sí, la república adquiriese consistencia. Pero, si el príncipe busca sinceramente el bien de la república, interpretará que con este modelo su autoridad no queda restringida, sino auxiliada; al menos este modelo es tanto más válido cuanto que con él la posible violencia de uno solo queda coartada y reprimida.

Aunque existen muchos tipos de dominación como la del hombre sobre las fieras, la del señor sobre los siervos, la del padre sobre los hijos, la del marido sobre la esposa, la más excelente de todas es, a juicio de Aristóteles, la de un rey y la llama divina porque en ella parece reflejarse una cualidad sobrehumana. Y si reinar es cosa divina, ser un tirano equivale a desempeñar un papel radicalmente opuesto a lo que es la divinidad.

Ideas de Aristóteles

Según un proverbio, un siervo es más distinguido que otro como un señor es más capaz que otro, unas artes superiores a otras, un menester mejor que otro. Pues bien, un príncipe debe sobresalir por su extraordinario sabiduría, cualidad básica para una correcta administración de la república.

Al señor le corresponde mandar, al siervo obedecer. El tirano manda todo lo que se le antoja, el príncipe lo que considera mejor para la república. ¿Y qué va a mandar el que no sabe qué es lo mejor, el que incluso toma por óptimo lo pésimo, cegado por la ignorancia o las pasiones?

Así como la función del ojo es ver, de los oídos oír, del olfato oler, del mismo modo es misión del príncipe velar por los intereses de su pueblo.

Esto sólo puede realizarlo con sabiduría. S
príncipe carece de ella, no mirará por la re
blica más de lo que puede ver un ojo ciego.

Jenofonte escribió en su opúsculo *Econo*
que gobernar a hombres libres y bien dispue
ante el mando es algo más divino que huma
mezquino, gobernar a animales irracionale
esclavos sometidos. Pero el hombre es un
mal divino y dos veces libre: la primera, por n
raleza, la segunda, por las leyes. Por tanto, cor
ponde a una elevada virtud, casi divina, qu
rey gobierne su imperio de tal modo que el p
blo perciba el beneficio y no la servidumbr

No pienses que son tuyos sólo aquello
cuyos servicios haces uso en las tabernas, e
caza, en las tareas domésticas, cuando gene
mente son los que menos te pertenecen. Co
dera que todos son tuyos por un igual. Si ha
elegir a alguno de éstos, tenlo como el más
ximo y unido a ti, varón de grandes cualida
y muy entregado a la patria y a la república. C
do visites las ciudades de tus súbditos, no p
ses en tu interior: «Soy señor de tantas co
todo está sometido a mi voluntad, puedo h
de todo esto lo que se me antoje.» Pero, si q
res pensar en lo que es digno de un buen pri
pe, razona de este otro modo: «Todo esto ha
confiado a mi fidelidad; por tanto, debo v
para entregarlo mejor de lo que lo he recibi

Cuando veas la innumerable multitud de
vasallos, no pienses «¡Cuántos súbditos teng
sino «Todos estos miles de hombres están a mi
dado, a mí únicamente me han encomendado
personas y sus bienes para defenderlos, me m
como padre. Puedo ser útil a tantos miles, s

entrego como un buen príncipe, pero causar muchísimo daño si me comporto como uno malo. ¿Cómo debo, pues, procurar con todas mis fuerzas ser bueno para no dañar a tantos mortales?»

Piensa siempre que, dominio, imperio, reino, majestad, poderío son vocablos paganos, no cristianos. El gobierno cristiano sólo es buena administración, beneficencia y vigilancia.

Como el alma en el cuerpo

Y, si también estas palabras te halagan, recuerda lo que vislumbraron y transmitieron los filósofos paganos, que el poder del príncipe sobre el pueblo es como el del alma sobre el cuerpo. El alma rige el cuerpo, porque sabe más que él, pero lo hace con mayor provecho del cuerpo que de sí misma. Además, la felicidad del cuerpo consiste en que el alma lo gobierne.

Como el corazón entre los miembros

Lo que es el corazón en un ser animado, eso es el príncipe en la república. Si el corazón está sano, como es la fuente de la sangre y de la vida, reparte vitalidad a todo el cuerpo; pero si está enfermo, transmite la muerte a todos los miembros. Como este órgano suele ser el último de todos en enfermar en el cuerpo de un ser animado y como consideran que en él queda el último hálito de vida, así conviene que el príncipe se mantenga lo más limpio posible de toda contaminación de estulticia, en caso de que alguna calamidad asole al pueblo.

Así como al hombre lo gobierna su más noble componente, el alma, y a ésta la razón, que es su mejor parte y lo que domina en el universo es lo

más sublime, Dios, así también el que asume
misión de gobernar en la república como en
gran cuerpo, debe aventajar a los demás en bc
dad, sabiduría y vigilancia. El príncipe ha de d
tacar sobre los magistrados tanto como éstos t
nen que sobresalir sobre el pueblo.

Es extraño que el príncipe dañe la república

Si algún mal reside en el alma, procede
contagio del cuerpo, sometido a pasiones. Pe
todo lo que de bueno hay en él, proviene del al
como de una fuente. Como es extraño y con
natura que los males pasen del alma al cuer
y que los bienes del cuerpo se pierdan por
vicios del alma, así es muy absurdo que las gu
rras, las sediciones, las costumbres corrupt
las leyes depravadas, las magistraturas vena
y otras pestilencias por el estilo que asolan a
república, se originen en los mismos príncip
cuya sabiduría debe sosegar las alteraciones o
sionadas por la necedad de la plebe. A menu
vemos que ciudades bien constituidas y flo
cientes por la industriosidad del pueblo, se arr
nan por culpa de los príncipes.

El príncipe es padre no dueño

¡Cuán poco cristiano es complacerse con
título de señor, título que muchos ajenos al cr
tianismo rehusaron y no quisieron que, lo c
deseaban ser a causa de su ambición, se les de
minase por la envidia que despertaría! ¿Y
príncipe cristiano pensará que le está permit
llamarse magnífico?

Octavio Augusto, aunque había ocupadc
imperio con medios reprobables, pensaba c

era un ultraje que lo llamaran Señor y, habiéndole sido dirigida esta denominación por un actor cómico delante de todo el pueblo, la rechazó a la vez con su gesto y palabra, como si con aquel vocablo se le acusara de tirano. ¿Y esta modestia de un hombre gentil no la imitará un príncipe cristiano?

Si eres señor de todos los tuyos, ellos son por necesidad tus siervos. Por eso debes procurar, según un antiguo proverbio, que no sean tus enemigos todos los que son tus vasallos.

El príncipe dirige a los hombres libres

Puesto que todos los hombres son libres por naturaleza y la esclavitud se ha introducido en contra de ella, como lo declaran las leyes paganas, piensa qué poco conveniente es que un cristiano usurpe el dominio sobre otros cristianos a los que ni las leyes quisieron hacer siervos y Cristo los libró de toda servidumbre. Pablo llama a Onésimo, siervo por su nacimiento, pero hermano por el bautismo de su antiguo dueño Filemón.

¡Qué absurdo es tener por siervos a los que Cristo redimió con su misma sangre, asegurándoles la libertad, a los que alimenta con los mismos sacramentos, a los que ha llamado a la misma herencia eterna! ¿Someter al yugo de la esclavitud a los que tenéis un señor común y como príncipe a Jesucristo?

Cristo, modelo supremo

Y, puesto que el Señor de los cristianos es Uno sólo, ¿por qué los que hacen sus veces prefieren asumir la forma de administrar de

cualquiera antes que la de Aquél que e
Único que debe ser imitado? De las otras
mas de gobierno debe coger el buen fruto
por casualidad, tienen en su sistema alguna
tud. Pero en el Señor está el modelo abso
de toda virtud y sabiduría. Ésta parece n
dad a los infieles, pero para nosotros, si so
verdaderamente fieles, es virtud y sabidurí
Dios.

No querría yo ahora que pensases dentr
ti de este modo: «Pero esto es servir, no rein
Más bien esto es la forma más hermosa de
nado a no ser que pienses que Dios es un
vidor que rige el mundo gratuitamente y c
beneficio experimentan todas las cosas, no o
niendo por ello recompensa alguna; a no ser
pienses también que el alma es una servidora
sin necesitar del cuerpo vela con tanto afán
el bien de éste y a no ser que deba consider
que el ojo es servidor de los demás miem
porque mira por todos.

Argumento de ficción

Podrías sopesar el tema en tu mente: si alg
por arte de Circe convirtiera a todos los h
bres que llamas tus vasallos en cerdos o as
¿no dirías, tal vez, que tu imperio se ha d
riorado? Pienso que lo dirías. Pues más der
hay sobre los cerdos y asnos que sobre los h
bres. Está permitido llevarlos a donde se q
ra, venderlos o matarlos. Debilitaría su p
quien convirtiese a sus ciudadanos libres en e
vos. Cuanto más distinguido es aquello sob
que ejerces el mando, tanto más suntuo
espléndidamente reinas. Así pues, vela po

honor quien protege la libertad y dignidad de los ciudadanos.

Dios quiso mandar sobre los libres

El mismo Dios, para no mandar sobre seres coaccionados, concedió libre albedrío a los ángeles y a los hombres para hacer su imperio más espléndido y augusto. ¿Hay quién con el nombre de príncipe se considere grande porque manda a ciudadanos arrastrados por el miedo como si fueran animales?

Obedeced a vuestros jefes como debe entenderse

Que no se te olvide que todo lo que se dice en los Evangelios y en las epístolas apostólicas sobre cómo soportar a los señores, obedecer a los prefectos, honrar a los reyes, pagar tributo, debe referirse a los príncipes paganos, porque todavía no había príncipes cristianos en aquella época. Manda tolerar a los magistrados impíos, para que no se perturbe el orden de la ciudad, para que cumplan con su deber y no ordenen cosas malvadas. Un príncipe pagano exige honor, Pablo sugiere que no se dé tanta importancia al honor; aquél exige impuestos, éste quiere que el impuesto se suavice; aquél exige tributo, éste ordena que el tributo se dé. El hombre cristiano no es más débil por proceder así y, en cuanto a los príncipes paganos, tienen ciertas normas propias y no deben por ellas ser criticados. ¿Y qué añade Pablo sobre los cristianos? Dice que entre vosotros no debe haber ninguna otra deuda, sino la del mutuo amor. Por otra parte, ¿Cristo debe tributo al César porque se lee en el Evangelio que pagó dos dracmas?

Derecho del César según el Evangelio

Igualmente cuando a Cristo se le preguntó el Evangelio para tentarle, si un pueblo dedica a Dios debía tributo al César, como se creía, mar que le muestren una moneda y no reconoce lo c le muestran y, como desconociéndolo, pregu de quién es la imagen y la inscripción; y, cuar le respondieron que era del César, Él contestó arr guamente a los que maliciosamente le pregur ron para tentarle: «Dad al César lo que es del Cé y a Dios lo que es de Dios.» Así elude la insid sa pregunta y, aprovechando la ocasión, invita a piedad para con Dios a quien todo le debemos. como si dijese algo así: «En cuanto al César que desconozco, qué le debéis, vosotros veréi Más bien, mirad lo que debéis a Dios porque me ocupo de su causa y no de la del César.

Pero que no se le ocurra a nadie por todo anterior una reflexión como la siguiente: ¿l qué quitas su derecho al príncipe y otorgas n autoridad a un pagano que a un cristiano? M al contrario, reivindico para el príncipe crist no su derecho. Un príncipe pagano tiene co derecho oprimir a los suyos por el miedo, ol garles a obras serviles, requisarles sus poses nes, despojarles de sus bienes y, finalmente, c vertirlos en mártires; sí, éste es el derecho de príncipe pagano. ¿Quieres encontrar lo mis en el príncipe cristiano? ¿O resultaría dismin do su derecho si no se le permite todo esto?

Derecho verdadero del príncipe

No pierde su derecho aquel que adminis cristianamente el mando, sino que lo posec otro modo e incluso de forma más excelent segura. Podrás deducir que esto es así a pa

de los siguientes argumentos. En primer lugar, no son tuyos aquellos a los que oprimes con tu servicio, pues el acatamiento popular constituye al príncipe. Te pertenecen en verdad como súbditos los que espontánea y voluntariamente te obedecen. Por otra parte, a los que posees constreñidos por miedo, ni siquiera a medias los posees, eres dueño de sus cuerpos, pero sus almas no te acatan. Además, puesto que la caridad cristiana concilia al pueblo y al príncipe, en ella debes centrar todo tu empeño cuantas veces sea necesario. El buen príncipe no pide sino lo que exige el bien de la patria. Cuando en vez de benevolencia predomina el despotismo, aunque el príncipe exija mucho, obtiene menos que si actúa de forma benevolente. Nadie consigue más que el que no exige sino lo que merece.

El verdadero honor

Además el honor que se hace al tirano ni siquiera es honor, sino adulación o simulación; no acatamiento, sino servidumbre; y es vanidad y no verdadero esplendor aquél del que el príncipe hace ostentación; ni poder, sino violencia; todo esto lo posee verdaderamente quien se conduce como un príncipe cristiano. A nadie se le rinde mayor honor que a quien no lo exige; a nadie obsequian los hombres de mejor grado que a aquel que no exige reverencias; a nadie confían sus riquezas con mayor complacencia que a aquél para quien saben que se las encomiendan para la utilidad pública y que le han de ser devueltas con intereses.

Derecho recíproco del pueblo y del príncipe

Existe una mutua relación entre el príncipe el pueblo. El pueblo te debe tributo, acatamie to, honor. Pero tú en correspondencia le deb al pueblo ser un príncipe bueno y vigilante. Cua do exiges a los tuyos como deuda el impuest pregúntate antes a ti mismo si les has pagado que tu deber exige.

Ideas extraídas de la Política de Aristóteles

Aristóteles dice que el poder no consiste e tener súbditos, sino en saber darles el cometid adecuado. Y el poder del príncipe no consis tanto en títulos, efigies o exacción fiscal com en el hecho de velar por el bien.

Siendo la república un cuerpo formado p varios miembros, entre los cuales se halla tan bién la persona del príncipe, aun siendo éste ex mio, conviene que se conduzca con tal moder ción que haga bien a todos y no que uno u ot se ponga gordo y robusto a costa de extenuar otros. Y si el príncipe se alegra y alimenta c los males de la república, no es parte de la rep blica ni príncipe, sino un pirata.

Aristóteles nos ha transmitido que el sier es una parte viva de su dueño, si éste lo es veras. Existe amistad entre la parte y el todo provecho recíproco. Si esto es así entre un due y su esclavo comprado en el mercado, seg dicen, ¡cuánto más debe serlo entre el pueblo el príncipe cristianos!

Un príncipe que no piensa ni hace nada m que extorsionar a los ciudadanos sacándoles to el dinero que puede, enredar en tramos legal todas las riquezas posibles y vender al mejor po tor las magistraturas y los cargos, decidme, p

favor, si debe ser llamado príncipe o negociante o más bien, hablando en plata, ladrón.

El príncipe se daña cuando daña los intereses del pueblo

Creso, una vez tomada la ciudad, al ver a los soldados de Ciro correr de acá para allá con gran griterío, les preguntó qué hacían. Le respondieron que hacían lo que suele hacer un ejército vencedor, saquear los bienes de los ciudadanos, y él les dijo: «Pero ¿qué oigo? ¿No son ya tuyos todos estos bienes puesto que me venciste? ¿Por qué, pues, esos devastan lo tuyo?» Iluminado Ciro por estas palabras, instó a sus soldados a abandonar el saqueo. Esto mismo deberá tenerlo siempre en cuenta el príncipe: «Todo lo que se saca con extorsión me incumbe; me afecta que se expolie y pisotee a los demás y todo lo que delinco contra ellos, contra mí mismo lo hago.»

Administra el mando de modo que puedas fácilmente rendir cuentas de tu gestión. Aun cuando nadie vaya a pedírtelas, debes exigirte a ti mismo mucho más. Pues sucederá, y eso en breve, que te pida cuentas Aquél delante del cual de nada te servirá haber sido príncipe, sino que deberás tenerlo por juez tanto más riguroso cuanto mayor haya sido el poder a ti encomendado. Aunque seas el único monarca de todo el orbe no podrás escapar, ni huir, ni amedrentar, ni corromper a Dios.

Una vez que te has consagrado a la república, ya no tienes libertad para vivir según tu gusto; debes mantener el cargo que asumiste y defenderlo.

Nadie accede a una competición olímpica, si antes no ha considerado en su interior qué exige

el reglamento de ese certamen. Ni se queja que el sol o el polvo, o el sudor o cualquier o cosa de esta naturaleza sean molestas, porq todo esto va unido a la razón misma del jue Del mismo modo quien recibe el mando de antes reflexionar en su ánimo qué obligacioı acarrea el oficio de príncipe.

Oficio de príncipe

Debe velar por los intereses ajenos y los p pios deben pasar a un segundo plano. Debe t bajar para que los demás puedan disfrutar ocio. La integridad de sus costumbres debe absoluta, aunque en los demás la mediocric sea lo corriente. Su ánimo debe despojarse todas las preferencias personales y al admir trar su cargo no debe pensar más que en el b público. Ha de hacer bien incluso a los desag decidos, a los que no entienden y también a que obran de mala gana. Si todo esto no te ag da, ¿para qué aceptas la responsabilidad mando?, ¿o, por qué no cedes a otro lo que fortuna te ha entregado? Y, si no puedes, de ga en cualquiera que consideres capaz el ca que tú mismo debías desempeñar.

Gobernar bien es muy difícil, pero muy hermoso

Cierto sabio griego dijo muy acertadame que todo lo que es preclaro es al mismo tien difícil. Por tanto, conviene recordar que, dese peñar bien el cargo de príncipe es la más h mosa de todas las funciones, pero con muc la más difícil. Y no te impresione en modo al no el que en esta época veas a algunos princi que viven de tal modo que resulta más difi

actuar como mediocre padre de familia que como príncipe mediocre, y con mucha razón se dice en un antiguo proverbio que por naturaleza nace rey o fatuo.

Antes de comenzar a mandar se debe aprender a hacerlo

Puesto que los demás mortales se preparan para profesar un oficio y antes de ejercerlo lo aprenden con mucha aplicación, ¿con cuánto mayor empeño debe el príncipe aprender el arte de gobernar antes de asumirlo? Y todas las demás artes constan principalmente de cuatro elementos, a saber, naturaleza, preceptiva, ejemplos y práctica. Platón exige en el príncipe un carácter suave y sosegado. Pues, así como afirma que los fogosos y precipitados son aptos para las disciplinas, del mismo modo niega que sean adecuados para administrar la república. Hay vicios de la naturaleza que no pueden corregirse ni por la educación ni por más empeño que se ponga en ello. Puede haber un carácter tan estúpido o tan feroz y violento que quien se tome la tarea de formarlo se frustre.

El modo de ser de Nerón era tan corrupto que ni Séneca, su irreprochable maestro, pudo evitar que llegase a ser un príncipe absolutamente abominable.

Como ya hemos dicho, los preceptos han de ser inculcados desde un principio, y deben ser dignos de un verdadero príncipe y firmes y por esta causa Platón quiso que la dialéctica fuese tratada por los preceptores tardíamente porque ésta tiene una doble vertiente justificando a la vez con argumentos contrarios tanto lo honesto como lo deshonesto. El modelo ideal de buen gobierno debe tomarse de Dios y del que es

Hombre y Dios, Cristo, de cuyos dogmas deb
rán derivarse principalmente los preceptos de
buen gobierno. La práctica, que es la última par
no es segura en el príncipe, nada extraño resu
ta que quien pretende ser un buen tañedor de cí
ras rompa algunas. Pero grave sería que la rep
blica sufriera aflicción mientras el príncipe apre
de a gobernarla. Acostúmbrese pues ya desde
niñez a esto, pero, para juzgar mejor, instrúy
se en la toma de decisiones, asista a los cons
jos, intervenga en los juicios, esté presente
los nombramientos de los magistrados, oiga l
peticiones de los reyes, pero no decida nada si
cuando haya sido aprobado a juicio de much
hasta que su edad y experiencia en los asunt
de gobierno le hayan formado un criterio m
seguro.

La vigilancia del príncipe

Si verdaderamente dijo Homero que no
corresponde a un príncipe dormir de un tir
toda la noche, pues se le han encomendado ta
tos miles de hombres y tan gran volumen
negocios, si no sin razón Virgilio imaginó
modo semejante a su héroe Eneas, decidme, p
favor, ¿de dónde puede sacar el príncipe tiem
de ocio, de dónde días enteros para malgasta
los, cómo puede perder la mayor parte de su vi
en juegos de azar, en bailes, en cacerías, en buf
nadas, e incluso en otras bagatelas más frívol
todavía?

La república se altera con divisiones partidi
tas, se aflige por las guerras, todo está lleno
latrocinios, el pueblo es empujado al hambre
al dogal con impuestos excesivos. Los débil

son oprimidos por inicuos aristócratas; los magistrados corruptos no obran conforme al derecho, sino a su antojo y, en medio de todo esto, ¿puede divertirse un príncipe con juegos de azar como hombre ocioso?

No puede andar dormitando el que está sentado junto al timón, ¿y será capaz de roncar un príncipe en medio de tan graves peligros? Ningún mar sufre nunca tan fuertes tormentas como las que padece de forma continua cualquier reino. Por tanto, un príncipe siempre deberá estar vigilante para que él, que si se equivoca perjudica a muchísimos, no cometa errores.

El que una nave tenga grandes dimensiones, o el elevado valor de sus mercancías o el número de sus pasajeros no hace más soberbio a un buen piloto, sino más atento. Así, el buen rey, puesto que gobierna a muchísimos, debe ser más vigilante y no más insolente.

En qué consiste el ocio y la ocupación de un príncipe

Si piensas cuántas atribuciones tienes, nunca te faltará qué hacer. Si te acostumbras a tomar gusto por el bien común, nunca te faltará motivo para recrear tu ánimo de modo que a un buen príncipe no le queda ya tiempo para huir del aburrimiento entregándose a fatuas diversiones.

Hombres muy sabios pronunciaron esta máxima, que debe elegirse no el modo de vida más placentero, sino el que es mejor en sí porque la costumbre suele volver más agradable lo que es lo mejor y ello debe primordialmente cumplirlo el príncipe.

Si un pintor goza con un cuadro bien hecho, si un agricultor, si un hortelano, si un artesano

disfrutan de sus propias obras, ¿qué debe resu tar más agradable al príncipe que contemplar s república convertida, gracias a su trabajo, e mejor y más floreciente?

Como no puede negarse que actuar como bue príncipe es cuestión trabajosa, así mucho m trabajoso es conducirse como buen príncipe. Ba tante menos trabajo comporta lo que sigue a naturaleza y a la razón de lo honesto que lo qu se basa en argucias y artificios.

Verdaderos deleites de un príncipe

Cuando recapacitas en tu interior: «He evit do prudentemente esta guerra, sofoqué adecu damente aquella sedición con el menor derr mamiento de sangre posible, al elevar a aqu hombre a la magistratura, velé por el bien de república y por mi buen nombre», si eres rea mente un príncipe, será admirable si no sient en tu interior una gran satisfacción. Y ésta es, fin de cuentas, digna de un príncipe cristian procúratela cada día con tus buenas acciones deja para el vil vulgo los pasatiempos plebeyo

Deseos opuestos de los reyes Midas y Salomón

Salomón es alabado por todos porque pudie do elegir lo que quisiese y recibir lo que hubi se pedido, no deseó riquezas ni el mando de to el orbe, ni la destrucción de sus enemigos, ni insólita gloria de la fama, ni placeres, sino sab duría; y no una sabiduría cualquiera, sino aqu lla con la que pudiese administrar el reino a entregado de forma digna de todo elogio. Por contrario, es condenado unánimemente el r Midas para quien nada fue más apetecido q

el oro. ¿Por qué ha de ser uno el juicio en las historias y otro en la vida? Deseamos al príncipe felicidad, victoria, gloria, longevidad, opulencia. Si verdaderamente amamos al príncipe, ¿por qué no deseamos en primer lugar lo único que deseó Salomón? Y que no parezca que eligió neciamente, pues Dios le alabó por esta elección. ¿Por qué consideramos que lo único que es la esencia de la cuestión es lo que menos forma parte de ella? No faltan quienes creen que si el príncipe es sabio eso es un obstáculo para el desempeño de su poder. Dicen que languidece su energía espiritual y se vuelve más tímido. Pero eso es temeridad, no audacia; estupidez, no fuerza de ánimo y a causa de ello obra temerosamente porque no tiene discernimiento alguno. La fortaleza de un príncipe se ha de buscar en otras fuentes. Obrando así los jóvenes se vuelven descaradamente audaces y más todavía los locos de atar. Saludable es la prudencia que cuando ve un peligro nos enseña a evitarlo, que nos impide caer en actos vergonzosos y perjudiciales.

Debe ser sumamente perspicaz aquel que, siendo uno, mira por todos; es necesario que tenga una gran sabiduría aquel que, solo, vela por la comunidad. Lo que es Dios en el universo, lo que Él solo en el mundo, lo que el ojo en el cuerpo, eso debe ser el príncipe en la república.

Enigmas de un rey

Los antiguos sabios que tenían la costumbre de usar jeroglíficos, envolvían en enigmas la razón de la vida y representaban la imagen del rey del siguiente modo: pintando un ojo y aña-

diendo un cetro con lo que daban a entende
rectitud de su vida y que su ánimo, con prud
cia y vigilancia suma, no debía desviarse d
honestidad bajo ningún concepto.

El cetro de los reyes

Otros representaban el cetro de los reyes
siguiente modo: en su parte más alta había
cigüeña, símbolo de la piedad y en la más b
un hipopótamo, animal feroz y dañino. Daba
entender con esto que, si en el príncipe surg
impulsos de fiera crueldad, como ira, deseo
venganza, rapacidad y violencia, la piedad ha
su patria debía vencerlos y sofocarlos. El des
freno de la fortuna y los éxitos de las empre
invitan a la insolencia, pero el amor a la pat
debe sobreponerse.

En otro tiempo, según Plutarco, los tebar
visitaban entre otras imágenes sagradas las q
aparecían sentadas sin manos y la primera
ellas incluso sin ojos.

Imagen del príncipe

El hecho de estar sentadas manifiesta que l
magistrados y los jueces deben tener el ánir
sosegado y no perturbado por pasión algur
El hecho de carecer de manos significa que deb
mantenerse puros e íntegros, lejos de toda corru
tela de sobornos. Además, el hecho de que
príncipe carezca también de ojos significa q
el rey no debe separarse de lo honesto por dác
vas, hasta el punto de quedar condicionado p
miramientos hacia otras personas, y que del
tener información de primera mano en asunt
tan importantes.

Cultura y emblema de un príncipe

Aprenda el príncipe a filosofar en aquellos temas importantes que deben ser ornato de su cargo. ¿Qué significa la unción real sino una suprema clemencia de ánimo? ¿Qué la diadema de su cabeza, sino su absoluta sabiduría en todo? ¿Qué el collar que ciñe su cuerpo, sino el concierto y armonía de todas las virtudes? ¿Qué la luz de las joyas que brillan con la múltiple gracia de sus colores, sino la excelencia de sus virtudes y que todo lo honesto debe ser eximio en un príncipe? ¿Qué la encendida púrpura, sino una vehemente caridad hacia los ciudadanos? ¿Qué las enseñas, sino que debe igualar o superar las virtudes heroicas de sus antepasados? ¿Qué la espada que lleva delante, sino que la patria debe estar segura bajo su protección tanto de los enemigos como de los malhechores?

La buena voluntad unida a la prudencia

El primer deber de un buen príncipe es desear lo mejor. El segundo, mirar cómo pueden evitarse o suprimirse los males y, por el contrario, cómo pueden prepararse, aumentarse o reafirmarse los bienes. En un hombre particular acaso sea suficiente la buena voluntad puesto que las leyes le avisan y los magistrados le prescriben lo que debe hacer. Pero en el príncipe tener buena voluntad y desear lo mejor es insuficiente si no va todo ello acompañado de sabiduría que señala por qué medios podrá conseguir lo que desea.

¡Qué poca diferencia hay entre una estatua de mármol grabada con el nombre de Creso o Ciro y adornada magníficamente con diadema y cetro y un príncipe sin sentimientos! No hay otra, sino que la estatua inmóvil no hace daño a nadie,

mientras que un príncipe necio infiere a la r
blica graves males.

No te aprecies a ti mismo por tu prestancia
ca o por los bienes de la fortuna, sino por las
lidades morales. Y no te midas por las alaba
de los demás, sino por tus propias acciones

Alabanzas dignas de un príncipe

Puesto que eres príncipe procura no adı
alabanza alguna que no sea digna de un pr
pe. Si alguno elogia tu belleza, piensa que de
modo son alabadas las mujeres. Si alguien a
ra tu elocuencia, recuerda que se trata de una
banza propia de sofistas y retóricos. Si alg
enaltece tu fortaleza y vigor corporal, debes s
que de ese modo son alabados los atletas, n
príncipes. Si alguien exalta tu buena estat
piensa para ti «éste me alabaría con razón si tı
ra que descolgar algo de lo alto». Habrá q
hable con admiración de tus riquezas, pero p
sa que de ese modo son alabados los merc
res. Considera que aún no has oído nada d
de un príncipe, mientras que oigas encor
de ese tipo. ¿Cuál es, pues, alabanza propi
príncipes? Si tiene ojos igualmente en la es
da y en la frente, según dijo Homero; βλέ
πρόσσω καὶ ὀπίσσω, o sea, si sabe muchís
mirando al pasado y previendo el futuro,
todo lo que sabe, lo sepa para la patria, no
sí mismo. Y el príncipe no puede ser sabio
ninguna otra razón más que por la patria.

Si alguien alaba a un médico con estos
gios, «es hermoso, es robusto, tiene fuertes
tados, tiene dinero, es un buen jugador, b
con gracia, canta con buena voz, juega a la p

ta hábilmente», no pensarás enseguida «¿qué importa todo esto a un médico?». Y, si oyeras cosas parecidas de necias lenguas lisonjeras, piensa con mayor razón, qué importa esto a un príncipe.

A un médico se le exigen sobre todo tres cualidades. La primera, que domine el arte de la medicina y que conozca la resistencia de los cuerpos y la virulencia de las enfermedades y qué debe prescribir para cada mal. La segunda, que sea hombre de fiar no mirando otra cosa que la salud del enfermo, pues a muchos la ambición o el deseo de lucro los condujo a administrar un veneno como remedio curativo. La tercera, que tenga el cuidado y celo necesarios. Estas mismas cualidades deben sobresalir aún más en un príncipe.

Aristóteles se pregunta en la *Política*, siendo un hombre pagano, ¿qué exige, a fin de cuentas, a un príncipe? ¿Acaso la belleza de Nereo, la fuerza de Milón, la estatura de Maximino o los talentos de Tántalo? Nada de eso. Entonces, ¿qué? Que satisfecho con la medianía en sus asuntos particulares, posea la más elevada y absoluta virtud en los públicos.

No hay ningún príncipe bueno, si no es un buen hombre. Si puedes al mismo tiempo ser príncipe y hombre bueno, realiza tan bella función; pero si no, rechaza el principado antes de que por su causa te conviertas en hombre malo. Puede encontrarse un buen hombre que no pueda ser un buen príncipe. Pero no puede ser buen príncipe quien al mismo tiempo no sea un buen hombre. Y ello aunque con estos tiempos las costumbres de ciertos príncipes llegaron a tal

punto que parecen estar muy reñidas ent
estas dos cosas, el buen hombre y el buen p
cipe. Y así se considera llanamente necio y
ble hacer mención del buen hombre al habla
príncipe.

No puedes ser rey si no te rige la razón, o
si no sigues en todo la buena deliberación
discernimiento, no sin dejarte llevar de las pa
nes. Ni puedes mandar a otros si tú mismo
viamente no obedeces a lo que es honesto.

Sentencias indignas de un príncipe

Aléjese del ánimo de un buen príncipe ac
lla expresión más que tiránica: «Así lo qui
así lo ordeno; mi voluntad es la única razó
Y aún más aquella que ya ha merecido la u
versal execración de los hombres: «¡Que
odien con tal de que me teman!» Tiránico o in
so propio de las mujeres es seguir los capric
personales y el miedo es el peor guardián de
mando duradero.

Que éste sea el decreto siempre vigente de
príncipe: No hacer daño a nadie, hacer el b
a todos, principalmente a sus súbditos; tole
los males o remediarlos, según piense que red
da para la común utilidad. El que no lleva e
ánimo a la república, no es príncipe, sino tira

Si alguien te llamase tirano o pirata en vez
príncipe, ¿no te alterarías profundamente y p
pararías atroces suplicios con razón? Pues se tr
de una ofensa atroz y en modo alguno sopor
ble. Querría yo que pensases cuánto mayor ult
je se hace a sí mismo quien deliberadamente
tal como él afirma del príncipe. Es más grave
ladrón que el hecho de que a uno se lo llam

y más atroz violar a una doncella que el llamar a alguien violador.

La buena fama se alcanza con buenas acciones

Conseguirás que se hable bien de ti siguiendo el muy seguro camino de mostrarte a ti mismo tal como deseas que se te elogie. No es verdadera alabanza la que se arranca por miedo o la que tributan los aduladores. Y mal anda la reputación de un príncipe, cuando ha de protegerse imponiendo silencio y amenazas. Y, aunque tus coetáneos no digan palabra, sin duda hablará la posteridad. ¿Quién ha sido alguna vez tirano tan terrible que haya podido paralizar las lenguas de todos?

Un príncipe cristiano debe evitar ante todo lo que Séneca dejó escrito con duras palabras al decir que entre los que se llaman reyes, se encuentran algunos que son indignos de ser llamados tiranos si se los compara con Falaris, Dionisio y Polícrates, cuya simple mención pasó a ser abominable para todas las generaciones. Y no importa por dónde vas, sino a dónde. Quien mira por el interés público es rey; quien mira por su propio interés es tirano. ¿Y con qué nombre juzgaremos a los que alimentan su propia felicidad con los males de la patria y de hecho son piratas bajo el falso nombre de príncipes?

Platón prohibió en sus leyes que nadie dijese que Dios es causa de mal alguno, porque por naturaleza es bueno y bienhechor. El príncipe es una cierta imagen de Dios si es verdaderamente príncipe. ¡Cuánto se alejan de este modelo quienes reinan de tal modo que todos los males que se originan en la república nacen por culpa de ellos!

Argumento maravillosamente retorcido

Y no debe escucharse a este propósito si adulador anda proclamando: «Eso sigı someter al príncipe a un orden.» Más aún, (sostiene que a un príncipe le es lícito lo q es honesto, ése lo somete a un orden. ¿Qu cosa es someter al príncipe a un orden que l lo tal como es la mayoría de los hombres, a : esclavo de la ira, de la lujuria, de la ambi de la avaricia y sometido a la estulticia? R ta indigno e intolerable que pueda permiti a un príncipe lo que ni siquiera a Dios le permitido. No pide Dios para sí obrar con honestidad, porque si lo hiciera dejaría d Dios. Por tanto, quien quiere que le sea líc un príncipe lo que va en contra de la natur: y de la razón de su príncipe, ése, despojan(príncipe de su honor, lo convierte en uno (quiera de la plebe. No se avergüence el prín de obedecer a lo que es honesto, pues a ello dece el mismo Dios. Y no piense que es m(príncipe si se acercara cuanto pudiera a la : gen de un príncipe .

Todos estos consejos acerca de un buen p cipe deberán inculcarlos inmediatamente, c(semilla, en el rudo pecho del niño los padres nodrizas, el preceptor, y aprenda todo est(buen grado y sin coacción. Así conviene qu vaya formando un príncipe que ha de gobe: a súbditos libres y voluntarios. Aprenda a a: la virtud, a aborrecer la torpeza, y apártese d(deshonesto por pudor, no por miedo. Y aun alguna esperanza de llegar a ser un buen p: cipe radica en enmendar las costumbres y mo rar las pasiones, sin embargo, la principal es ranza consiste en la rectitud de juicio. Pues al

nas veces el pudor corrige las malas costumbres y la edad o la experiencia enmiendan las pasiones depravadas. Por lo demás, cuando se está persuadido de que va unido a la virtud lo que se aparta de lo honesto y que el don más sublime de un príncipe es lo que resulta más tiránico, o sea, cuando están infectadas las fuentes de las que nacen todas las acciones de la vida, entonces es dificilísimo curarse. Por tanto, el cuidado primero y principal del que instruye al príncipe, como se ha dicho, consiste en arrancar de lo más profundo de su alma las opiniones depravadas del vulgo, si en ella se hubiesen aposentado, e inculcarle otras saludables y dignas de un príncipe cristiano.

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Esta obra fue escrita por Erasmo para responder al encargo que el Canciller de Brabante, preceptor del príncipe Carlos, le había hecho en la primavera de 1515 al tiempo que le nombra consejero del futuro emperador. Ante ello, siente la necesidad de orientar al gobernante cristiano frente al príncipe maquiavélico, quien, mediante una razón de Estado abusiva, ofrece un directorio político astuto, amoral y pesimista.

La obra está atravesada por tres ideas clave: su decidida intención pedagógica, el humanismo evangélico que preside todo el tratado, y el pacifismo integral. Así, Erasmo se anticipa a los europeos, mostrando la sensibilidad del intelectual que, con la pluma en la mano, incita a no combatir.

La trascendencia de *Institutio Principis Christiani* fue enorme, ya que puede decirse que toda la política imperial estuvo inspirada en la filosofía erasmiana. Ésta influyó en la literatura denominada «espejo de príncipes», de suma importancia en el pensamiento europeo posterior.

«Nunca debe un príncipe precipitarse en tomar decisiones y, por tanto, en nada procederá con más comedimiento y circunspección que al declarar una guerra, pues, si de otras decisiones mal tomadas pueden originarse perjuicios, con la guerra se hace naufragar todo bien y se desborda el océano de todas las maldades y ningún otro mal se pega más tenazmente.»

Tercer milenio

tecnos CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO

CC BY NC ND

ISBN 978-84-309-4514-6

9 788430 945146

1229641

www.tecnos.es